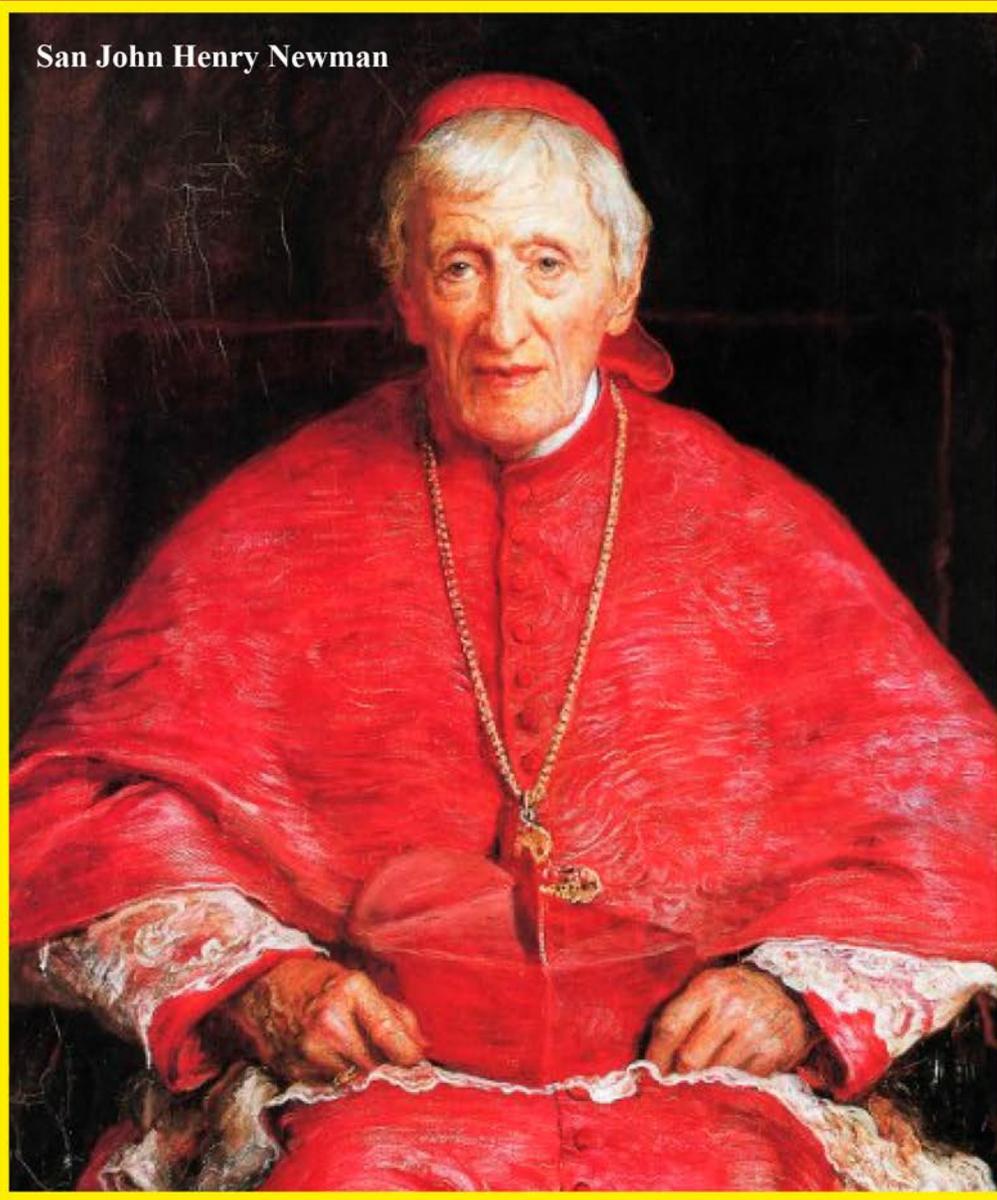


NEWMANIANA

AÑO XXXIII - NÚMERO 84

DICIEMBRE 2023

San John Henry Newman



Ex umbris et imaginibus in veritatem

Publicación de Amigos de Newman en la Argentina

**ÍNDICE
GENERAL
1991-2023**

NEWMANIANA



Año XXXIII - N° 84
Diciembre 2023

Director

Mons. Fernando María Cavaller

Consejo de Redacción

Dra. Inés de Cassagne
Dr. Jorge Ferro
Lic. Pablo Marini

Diseño pre prensa

Pm Desarrollos Editoriales

Impresión

Gráfica LAF

NEWMANIANA

(ISSN 0327-5876)

es una publicación cuatrimestral.

Registro Nacional de la
Propiedad Intelectual N° 237.216

Propiedad de Fernando María Cavaller

Dirección: Pcia. Buenos Aires-República
Argentina

www.amigosdenewman.com.ar
amigosdenewman@gmail.com
cavallerfm@gmail.com

EDITORIAL

- Newman intercede por la Iglesia3

SERMONES

- La contienda en la Iglesia entre verdad y falsedad4
- La Iglesia visible e invisible 11
- La Iglesia visible, un estímulo para la fe18

ARTÍCULO

- La devoción de Newman a la Santísima Virgen María25

ÍNDICE GENERAL 1991-2023

- índice29



San John Henry Newman,

*tú fuiste llevado por el camino de la Luz amable de la Verdad,
para poder ser una luz espiritual en las tinieblas de este mundo;
fuiste un elocuente maestro de esa Verdad y un devoto servidor de
la única Iglesia de Cristo.*

*Confiados en tu celestial intercesión te rogamos por la siguiente
intención:*

[pedir aquí la gracia]

*Por tu conocimiento de los misterios de la fe, tu celo en defender
las enseñanzas de la Iglesia, y tu amor sacerdotal para con tus
hijos, atiende nuestra ferviente oración.*

Amén.

PEDIDO

Agradecemos al Señor su inspiración y su ayuda en estos años, a la vez que confiamos en Él para continuar con fidelidad la obra de difusión de la vida y los escritos del beato cardenal John Henry Newman, una figura excepcional para la actualidad. Agradecemos el apoyo de los **Amigos de Newman en la Argentina**.

Pero igualmente nos vemos en la necesidad de reiterar el pedido de cooperación para poder seguir adelante con nuestra publicación.

Enviar cheque a nombre de Fernando M. Cavaller o realizar transferencia bancaria a la cuenta corriente del Banco Santander-Río N°09400051087-7
CBU 0720094688000005108772
CUIL 20-08288279-1



Tenemos la alegría de poder presentar

Búsqueda

NEWMANIANA

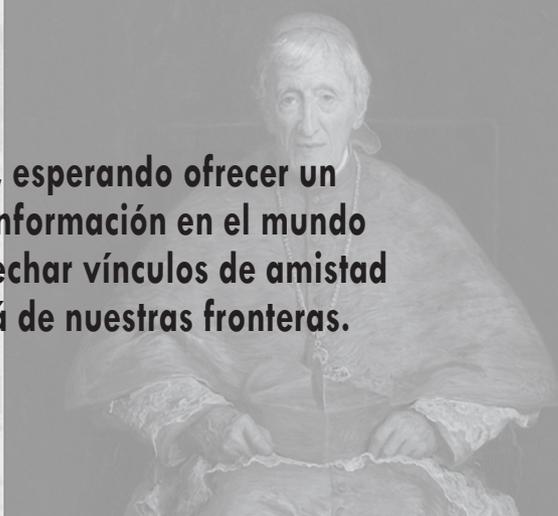
nuestra página web

Inicio Quienes somos Vida de Newman Canonización Newmaniana Obras de Newman Obras sobre Newman Orar con Newman

www.amigosdenewman.com.ar

con un nuevo diseño, esperando ofrecer un instrumento de mejor información en el mundo hispano hablante y estrechar vínculos de amistad newmaniana más allá de nuestras fronteras.

Asociación Amigos
de Newman en
Argentina



NEWMAN INTERCEDE POR LA IGLESIA

El presente número presenta tres Sermones de Newman que tratan de la Iglesia. El itinerario de conversión, como sabemos, fue esencialmente eclesiológico. Su Credo fue desde su primera conversión a los 15 años, el de la Iglesia indivisa de los primeros siglos, y en esto, que él llamó **principio dogmático del cristianismo**, no hubo cambio alguno, como él mismo confiesa en su *Apología*. La cuestión fue la Iglesia, que, al principio, consideró legítimamente separada en tres ramas, la anglicana, la romana y la ortodoxa. Pero cuando, además del principio de antigüedad, consideró el de catolicidad, gracias a una frase de san Agustín contra los donatistas, "*securus judicat orbis terrarum*" (el orbe de la tierra es el que juzga con seguridad en materia de fe, es decir la Iglesia Católica), se dio cuenta que esta prerrogativa no la podía exhibir la Iglesia anglicana, es decir solamente inglesa. Otras cuestiones lo convencieron de que la Iglesia de Roma era la continuidad verdadera de la Iglesia antigua de los Padres. Pero muchas consideraciones acerca del ser de la Iglesia no tuvieron necesidad de ser corregidas, y, por eso, estos sermones anglicanos podemos leerlos con ojos católicos. En esto hubo una notable continuidad.

Ante la evidente crisis que atraviesa la Iglesia en estos tiempos, Newman se nos presenta como un verdadero Doctor de la misma, aunque todavía no haya sido proclamado como tal. Sobre todo, hay que aplicar su **principio del desarrollo**, que, como él mismo dice en la *Apología*, era el que explicaba el pensamiento y enseñanza del cristianismo desde su origen, principio que aplicó a la historia de las doctrinas de fe, tal como lo explica precisamente en su *Ensayo* escrito antes de su conversión, y que es el aporte más importante que ha hecho a la teología de nuestro tiempo. Desarrollo se opone a ruptura, y lo define en su autenticidad según siete notas que aplica a las doctrinas de fe de la Iglesia, especialmente aquellas que el anglicanismo rechazaba, sea en lo dogmático como en lo sacramental y litúrgico. Desarrollo o ruptura son hoy dos categorías necesarias para analizar esta crisis de la Iglesia actual. Newman es un valioso intercesor a quien podemos recurrir por su amor a la Verdad.

Junto a estos sermones sobre la Iglesia, presentamos una reflexión general sobre la Virgen María en la devoción y la teología de Newman. Es solo un resumen de su mariología, que puede acompañar su reflexión eclesiológica, como *Madre de la Iglesia*, título que Newman no conoció, pero habría aceptado con alegría. Proponemos buscar y leer estos escritos suyos como alimento espiritual en el Mes de María que se celebra del 7 de noviembre al 8 de diciembre, una excelente preparación al tiempo de Adviento y Navidad.

Aprovechamos para saludar a todos los Amigos de Newman unidos en esta celebración tan esencial para nuestra fe, y les deseamos un Santo Año Nuevo del Señor.●—

Parochial and Plain Sermons, III, 15

Predicado en St. Mary the Virgin, Oxford, el 17 de mayo de 1835

LA CONTIENDA EN LA IGLESIA ENTRE VERDAD Y FALSEDAD

Traducción Fernando María Cavaller

El Reino de los Cielos se parece a una red que se echa al mar y recoge toda clase de peces. Cuando está llena, los pescadores la sacan a la orilla y, sentándose, recogen los buenos en canastas y tiran los malos.
(Mt 13, 47-48)

En la era de los Apóstoles, la contienda principal entre la Verdad y la Falsedad residía en la guerra librada por la Iglesia contra el mundo, y por el mundo contra la Iglesia; la Iglesia era el agresor en nombre del Señor, y el mundo, aguijoneado por la envidia y la malicia, el odio y el orgullo, respondía a las armas espirituales con las carnales, al Evangelio con la persecución, y al bien con el mal, sirviendo a la causa del Demonio. Pero acerca del conflicto *dentro* de la Iglesia, tal como es en este momento, los cristianos sabían comparativamente poco. Es verdad que el espíritu profético les enseñaba que “de entre vosotros mismos se levantarán hombres que hablarán cosas perversas, para arrastrar a los discípulos detrás de sí”, y que “en los últimos días sobrevendrán momentos difíciles” (Hech 20, 30; 2 Tim 3, 1). También tenían la experiencia de sus propios tiempos pasados que les señalaban, como tipo, que en la Iglesia estaría siempre mezclado el mal con el bien. Así, cuando el diluvio, hubo ocho hombres en el arca, y uno de ellos fue reprobado; de los doce apóstoles, uno era un demonio; de los siete diáconos, se dice que uno de ellos cayó en la herejía; de las doce tribus, una es suprimida en el sellado final. Estas indicios, sin embargo, sea como ejemplo o como profecía, no eran suficientes para que se dieran cuenta, antes del evento, de

la seria y tremenda verdad implicada en el texto; esto es, que la guerra que Cristo empezó entre su pequeño rebaño y el mundo, sería pronto transferida en el interior de la Iglesia misma, y continuada por los miembros de esa Iglesia unos contra otros.

Digo que esto no lo veían plenamente los primeros cristianos como lo ven nuestros ojos; y tan difícil es tener una verdadera convicción al respecto que, incluso hoy, cuando puede verse claramente, los hombres no lo verán. No abrirán ni someterán sus mentes a la verdad divina como para admitir que la Santa Iglesia tiene miembros que no son santos, que se otorgan bendiciones a los indignos, que “el Reino de los Cielos es como una red que recoge toda clase de peces”. Evaden esta cita misteriosa de distintas maneras. Algunas veces niegan que los malos estén realmente en la Iglesia de Dios, porque piensan que ella está compuesta solamente de buenas personas. Han inventado una Iglesia Invisible, distinguible y plena ya ahora, poblada solamente de santos, como si la Escritura dijera una palabra, en alguna parte, sobre un cuerpo espiritual existente en este mundo, separado e independiente de la Iglesia Visible; y consideran que la Iglesia Visible no es más que una parte de este mundo, una institución, una secta o un partido. O bien, admitiendo

que es una institución divina, rebajan su nivel de fe y santidad, y sus privilegios; y considerando la comunión de los santos sólo como un nombre, y que todos los cristianos son casi iguales, destruyen efectivamente toda noción de Iglesia o de conflicto. Entonces, de un modo u otro, rehúsan admitir la idea, contenida en el texto, de que la disimilitud, la enemistad, y la guerra que una vez existió entre el mundo y la Iglesia, es transferida ahora dentro de la Iglesia misma.

Pero tratemos, con la bendición de Dios, de aferrarnos firmemente a esta verdad, y ver si no podemos extraer alguna enseñanza. El texto dice que “el Reino de los Cielos”, es decir, la Iglesia Cristiana, “se parece a una red que se echa al mar y recoge toda clase de peces”. En otro lugar san Pablo dice: “En una casa grande no hay solamente utensilios de oro y de plata, sino también de madera y de barro, y unos son para usos nobles y otros para usos viles” (2 Tim 2, 20). Ahora bien, pasajes como estos admiten aplicaciones diversas. Voy a considerarlas aquí con referencia a la contienda entre Verdad y Falsedad en la Iglesia.

Sin duda, a la luz de la razón natural, sería un privilegio que los enemigos de Cristo y de nuestras almas estuvieran separados de nosotros, y que la prueba de nuestra fe tuviese lugar sobre algunas cuestiones generales sobre las cuales no pudiera haber error, pero ese no es el caso “en la sabiduría de Dios” (1 Cor 1,21). Fe e incredulidad, humildad y orgullo, amor y egoísmo, han estado unidos desde la era apostólica en el mismo cuerpo, sin que ningún mecanismo humano pueda de desatar unos de otros. Todos los que están dentro de la Iglesia tienen los mismos privilegios, todos son bautizados, todos son admitidos a la Santa Eucaristía, todos son educados en la Verdad, todos profesan la Verdad. Ciertamente, en todas las épocas ha habido quienes han declarado doctrinas corruptas o se han justificado abiertamente al vicio, y por eso fue fá-



La pesca milagrosa, mosaico siglo VI, autor desconocido, Ravena, Italia.

cil detectarlos y evitarlos. Pero son pocos. El gran cuerpo de la Iglesia cristiana profesa una sola y la misma fe y todos parecen estar de acuerdo. Sin embargo, entre estas personas, aparentemente unánimes, continúa el inveterado conflicto, como desde el principio, entre el bien y el mal. Algunos son sabios, otros necios. Quienes pertenecen a un grupo o al otro, está oculto para nosotros, y lo estará hasta el día del juicio. Tampoco están ahora configurados individualmente según el modelo perfecto de bien y mal. Varían en el grado y el modo de sostener uno u otro. Pero es cierto que existen dos partidos en la Iglesia, por muy vagos e indefinidos que sean sus rasgos, formados por aquellos que viven, en cierto sentido como amigos comunes, que comen el mismo alimento espiritual y profesan el mismo Credo.

¿Por qué luchan? ¿Cómo y dónde está su conflicto? Los apóstoles combatieron con incrédulos por la verdad del Evangelio; sus inmediatos sucesores lo hicieron dentro de la Iglesia, pero contra abiertas herejías, que podían encontrar, refutar y expulsar. Pero en épocas posteriores, en nuestros días, ahora, ¿por qué luchan los dos grupos secretos en la Iglesia, los elegidos y los de falso corazón?

Es difícil responder adecuadamente a esta pregunta con la reverencia debida a este lugar sagrado, en el cual el lenguaje del mundo no debería

escucharse. Aun así, en un asunto tan importante, uno quisiera decir algo. Esa contienda, que al comienzo era acerca de la verdad del Evangelio mismo, después acerca de la verdad de la doctrina, es ahora frecuentemente acerca de pequeños asuntos de carácter cotidiano, de acontecimientos públicos, de negocios domésticos o de interés limitado, lo cual sirve como prueba de nuestro estado religioso tan verdaderamente como las cosas más grandes en el juicio inefable de Dios, y sirve poderosamente para conformarnos y prepararnos para el cielo o para el infierno.

Digo que, así como los primeros cristianos tenían que “combatir por la fe que ha sido transmitida a los santos de una vez para siempre” (Jud 1, 3), la prueba de nuestra obediencia yace comúnmente en ponerse de este o aquel lado en multitud de cuestiones, en las cuales hay dos lados y se presentan ante nosotros casi continuamente. Y antes de intentar explicar lo que quiero decir, les pediría observar qué semejante es este estado de cosas al modo en que Dios nos prueba y disciplina por lo demás.

Por ejemplo, ¿cómo se manifiesta nuestra devoción a Cristo? Ordinariamente, no en grandes asuntos, no dejando casa y campos por su causa, sino haciendo pequeños sacrificios que el mundo ridicularizaría si los conociera; en reducir nuestro bienestar en atención a los pobres, en sacrificar nuestros gustos personales por motivos religiosos, en ir a la iglesia aunque nos cause inconvenientes, en complacernos en la relación con hombres religiosos, aunque no sean ricos, nobles, hábiles, dotados o entretenidos; en asuntos que tengan en sí muy poca importancia.

¿Cómo se manifiesta la negación de sí? No en cargar literalmente la cruz de Cristo y vivir de langostas y miel silvestre, sino en esas livianas abstinencias como se presenta en nuestro camino, en algunos pobres esfuerzos como el ayuno y cosas semejantes, en desear más ser pobres que ricos, solitarios o humildes que bien relacionados, en vivir según nuestros ingresos, en evitar la exhibición, en ser desconfiados del bienestar y del lujo; todas co-

sas demasiado insignificantes para que piense en ellas quien las observa habitualmente, pero que son útiles para forzar y esforzar su corazón.

¿Cómo se manifiesta el valor del cristiano? No en resistir hasta derramar sangre, sino en soportar amabilidades dudosas, en tolerar la importunidad, en atrevernos a sorprender o herir a aquellos que amamos, en sobrellevar pequeñas pérdidas, inconvenientes, censuras, o desprecios, antes que traicionar lo que creemos ser la verdad de Dios, aunque sea una pequeña parte de ella.

Así como la devoción cristiana, la abnegación, el coraje, son probados hoy en pequeñas cosas, así es también la fe cristiana. En la época de los apóstoles la fe se manifestaba en el gran asunto de unirse a la Iglesia, o a la multitud pagana o judía. Se manifiesta hoy en estar de este o aquel lado en muchas cuestiones de opinión y conducta que se nos presentan, sean domésticas, vecinales, políticas, o de cualquier tipo.

Tomemos el más iletrado de los campesinos en el pueblo más humilde; su prueba consiste en actuar a favor o en contra de la Iglesia en su propio lugar. Puede ocurrir que esté trabajando con otros, o descansando con otros, y oiga hablar contra la religión, o de la Iglesia, o del rey; o puede escuchar voces que se levanten mofándose o clamando violencia; él debe resistir la risa y la broma, las malas palabras y la grosería, y dar testimonio de Cristo. Así es como lleva adelante, en su ámbito, el eterno conflicto entre Verdad y Falsedad.

Otro, en una clase alta de la sociedad, tiene cierta influencia en asuntos parroquiales, en la distribución de la caridad, en el nombramiento de funcionarios, y cosas semejantes. Él también debe actuar, como si estuviera ante la mirada de Dios, por amor a la Verdad, como Cristo querría.

Otro tiene cierto poder político; tiene derecho a conceder o a dar consejo a sus dependientes; tiene voz para alzar y patrimonio para contribuir. Que obre a favor de la religión y no como si no hubiera Dios en el mundo.

Hermanos míos, no debo arriesgarme a guardar silencio respecto a una esfera del deber cristiano en la cual los hombres de hoy son especialmente probados, y en la que especialmente caen.

Se dice a veces que la religión no es (lo que se llama) política. Aunque hay un sentido malo de la palabra “política”, la religión no tiene nada de malo. Pero también hay un sentido bueno de la palabra, y en este sentido cualquiera que diga que la religión no es política habla tan equivocadamente y ofende (ignorándolo o no) con su lengua tan ciertamente como si en tiempos de san Pablo alguien hubiera dicho que no importa si era cristiano o pagano, porque la cuestión de ser o no cristiano en tiempos del apóstol, eso son las cuestiones políticas hoy día. Ahora, es tan correcto tomar un lado como errado tomar el otro, en esa multitud de asuntos de naturaleza social que llegan hasta nosotros, como era correcto hacerse cristiano en tiempos de san Pablo y erróneo permanecer pagano.

No estoy diciendo *cuál* es el lado recto y cuál el errado, en el siempre variado curso del deber social. Mucho menos estoy diciendo que todas las personas religiosas están en un lado y todas las irreligiosas en el otro (porque entonces tendría lugar esa división entre el bien y el mal que el texto y otras parábolas nos aseguran que no sucederá hasta el Día del Juicio). Solamente digo que *existe* lo recto y lo erróneo, que no es una cuestión indiferente de qué lado está una persona, y que será juzgada en el más allá por el lado que haya tomado.

Por ejemplo, cuando una persona dice que toma parte contra el rey o contra la Iglesia porque piensa que el poder real o las iglesias establecidas contradicen la Escritura, pienso que está tan lejos de la verdad como la luz de las tinieblas; pero lo comprendo. Parte del fundamento religioso, y piense lo que piense de su doctrina le alabo por ello. Hubiera preferido que tomara una postura religiosa (si es sincera) y estuviera en contra la Iglesia, que una postura mundana y que estuviera a favor de ella; es decir, si lo hace seriamente y no por fingir, creo que eso habla más esperan-

zadamente de su alma. Preferiría que la Iglesia quedara arrasada por una nación, real, honesta y seriamente, pensando que sirven a Dios haciéndolo (temible por cierto como sería el pecado), que fuese sostenida por una nación meramente sobre la base de conservar los bienes, porque ese es un pecado mucho mayor. Creo que el que da culto a Mamón está en peor ante el Juicio de Cristo que el zelote equivocado. Si alguien debe ser uno u el otro (aunque no debería ser ninguno de los dos), si yo tuviera que elegir por él, preferiría que fuera Saúl enojado como una bestia salvaje contra la Iglesia, que Galión desentendiéndose de estas cosas, o Demas amando el mundo presente, o Simón traficando con los dones sagrados, o Ananías escatimando a Cristo su patrimonio y buscando ser salvado lo más barato posible. Habría más probabilidad de que semejante persona se convirtiera a la Verdad; y si no se convirtiera, que le estuviese reservado un castigo menor en el último día. Nuestro Señor dice a la Iglesia de Laodicea. “¡Ojalá fueras frío o caliente! Ahora bien, puesto que eres tibio, y no frío ni caliente, voy a vomitarte de mi boca” (Apo 3, 15-16).

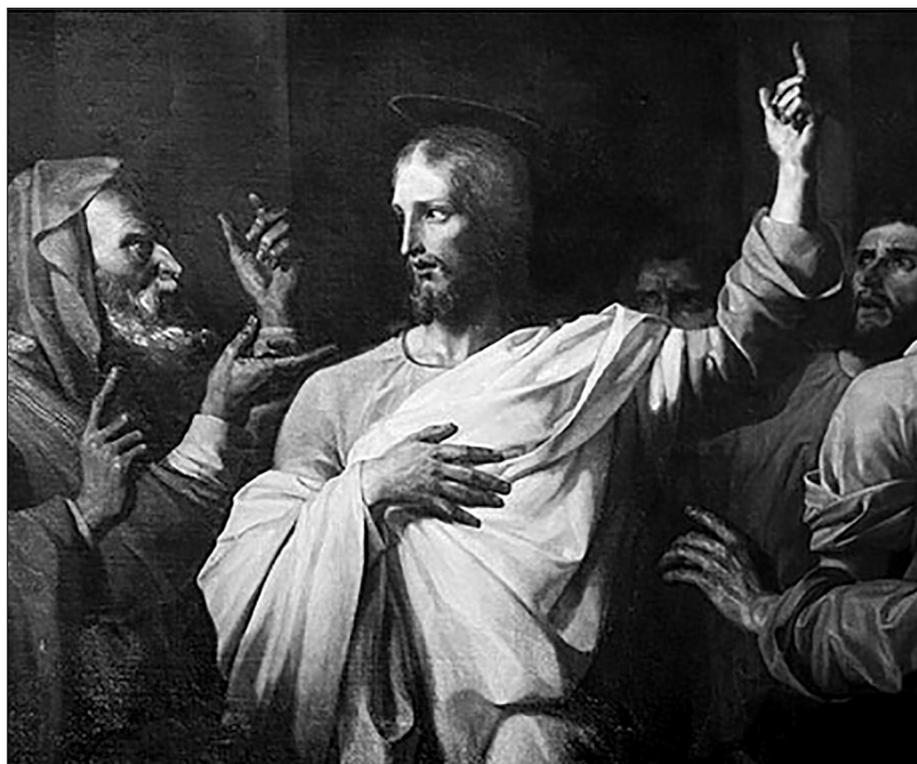
Como sea, los hombres actúan generalmente por motivos mezclados, por eso, no quiero decir que estén de inmediato en peligro temible, o tan mal como los fanáticos revolucionarios, porque tengan alguna consideración por la seguridad de sus bienes, mientras defienden lo que se llama Iglesia Establecida; lejos de ello, aunque sigo pensando que sería mejor si el pensamiento de la religión absorbiera todas las demás consideraciones. Estoy hablando contra una doctrina abiertamente mantenida hoy de que la religión no tiene nada que ver con los asuntos políticos, lo cual no será verdad hasta que sea verdad que Dios no gobierna el mundo, porque así como Dios rige los asuntos humanos, así Sus siervos deben obedecer en ellos. Y lo que tenemos que temer más que nada en este tiempo es que las personas sensatas en este punto, y que creen realmente que las cuestiones de la nación deben llevarse adelante en base a principios religiosos, tuvieran miedo de reconocerlo, y *sin protestar* se aliaran con los que lo niegan; que

se guardaran su propia opinión y actuaran a semejanza de Galio, Demas, Simón y Ananías, sobre bases puramente seculares, la mera defensa de la propiedad, la seguridad de nuestras instituciones consideradas sólo como seculares, el sostenimiento de nuestra grandeza nacional; olvidando que, así como ningún hombre puede servir a dos señores, Dios y el dinero, tampoco ningún hombre puede a la vez estar en el consejo de los sirvientes de ambos; olvidando que la Iglesia, en la que ellos y otros están, es una red que recoge de *todo*, y que no es prueba que haya que seguir y apoyar a otros en todo por el hecho de que estén en ella y muestren adhesión; y que aunque estamos obligados en general a tratar con todos ellos (excepto los que abiertamente rompen las reglas de la Iglesia, como herejes, borrachos, gente de mala vida, y por el estilo, que por supuesto deben ser puestos fuera de ella), no estamos obligados a aprobar a todos en todo lo que hacen, y sí lo estamos a oponernos a los malos principios, y a intentar elevar el nivel de fe y obediencia en esa multitud de hombres que, aunque desaprobamos en muchos aspectos, no nos atrevemos a afirmar que estén totalmente desprovistos de la vida del Espíritu Santo, ni permitir que sea amigo o extraño tome parte contra la Verdad sin advertírselo de acuerdo a nuestras oportunidades.

Por último, esta unión de la Verdad y de la Falsedad en la Iglesia, de la que he venido hablando, ha existido siempre en la parte gobernante de la misma, así como entre el pueblo en general. Nuestro Señor pone esta verdad ante nosotros en el capítulo veintitrés de san Mateo, en el que manda a sus oyentes obedecer a sus dirigentes espirituales en todo lo que es justo, aunque sean indignos de su oficio, porque lo tienen, y obedecerles “como al Señor, no como a los hombres” (Col 3,23). “En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y los fariseos. Haced y cumplid todo cuando os digan; pero no obréis como ellos, pues dicen pero no hacen” (Mt 23, 2-3). Y nadie puede leer ni siquiera un poco de la historia de la Iglesia desde que Él estuvo en la tierra, sin percibir que, bajo todas las formas de obediencia y subordinación, buenos oficios y relaciones sociales, que

Cristo ordena, ha sido llevada a cabo una secreta contienda en los más sagrados recintos del templo entre la Verdad y la Falsedad; recta, pacífica y bondadosamente por algunos, sin caridad por otros, de a ratos con una extraña mezcla de rectos principios y carácter deficiente, o de sinceridad y parcial ignorancia; con todo, en conjunto, una contienda como la de san Juan contra Diotrefes, o san Pablo contra Ananías el sumo sacerdote, o Timoteo contra Himeneo y Alejandro. Mientras tanto, las reglas de la disciplina eclesiástica habían sido observadas en ambos lados, así como las confesiones de fe, como requisitos de la contienda. Sin embargo, la contienda siguió adelante.

Quisiera ahora que cada uno de los que me escucháis se diera cuenta cabal de una verdad solemne: no hay nada indiferente en nuestra conducta, nada sin sus propios deberes, ni lugar para insignificancias, a menos que juguemos con la eternidad. Es común hablar de nuestros privilegios políticos y sociales como *derechos*, con los que podemos hacer lo que nos parezca, mientras que a los ojos de Dios nos imponen solo *obligaciones*. Alguien dice “tengo derecho a hacer esto o aquello, a dar mi voto aquí o allí, a promover esta medida o esa otra”. Sin duda *tienes* un derecho, el derecho de la libre voluntad, tienes por nacimiento el derecho de ser un agente libre, de hacer el bien o el mal, de salvarte o de arruinarte, tienes el derecho, es decir, el poder de condenarte (para hablar claramente); pero, ¡ay!, será una pobre consolación para ti en el mundo futuro saber que tu ruina fue solo culpa tuya, que te la causaste tu mismo, pues lo que has dicho es nada más que esto, y puedes estar seguro de que los hombres no pierden su alma por algún acto extraordinario, sino por una línea de conducta; y el descuido, o mejor dicho, la autosuficiencia y la arrogancia en el uso de tu poder político, de este modo o aquel según tu gusto, como es hoy tan común, está entre aquellos actos por los cuales se salvan o se pierden. El joven de quien habla Salomón pensaba que tenía derecho a permitirse sus lujurias, o, como el rico del Evangelio, a “descansar, comer, beber y darte buena vida” (Lc 12, 19), pero el predicador le dice: “Alégrate, mozo, en tu



Cristo y los fariseos. Catedral de Tours, Francia.

juventud, ten buen humor en tus años mozos. Vete por donde te lleve el corazón y a gusto de tus ojos, *pero a sabiendas de que por todo ello te emplazará Dios a juicio*” (Eclesiastés, 11, 9).

Muchos, pues, cuando son advertidos contra el pecado de abandonar la Iglesia, o de andar vagando de un lugar de culto a otros, dicen “tiene derecho a hacerlo”. Así es, tiene la extraña idea de que es un derecho del hombre inglés pensar lo que quiera y hacer lo que quiera en materia de religión. Más aún, *es un derecho del mundo entero*, no sólo nuestro; *es un atributo de todos los seres racionales tener derecho a obrar mal, si quieren*. Después de todo, no hay más que un camino correcto, y cientos de caminos equivocados. Sí, *puedes* hacer lo que quieras, pero el primero que ejerció ese derecho fue el diablo cuando cayó, y cada uno de nosotros cuando hace esto o lo otro en asuntos entre Dios y nosotros, meramente porque *queremos*, y no en nombre de la conciencia, estamos por lejos siguiendo el modelo del diablo.

Dejemos de lado estas suposiciones vanas, y fijémonos en nuestra situación con calma. Cada

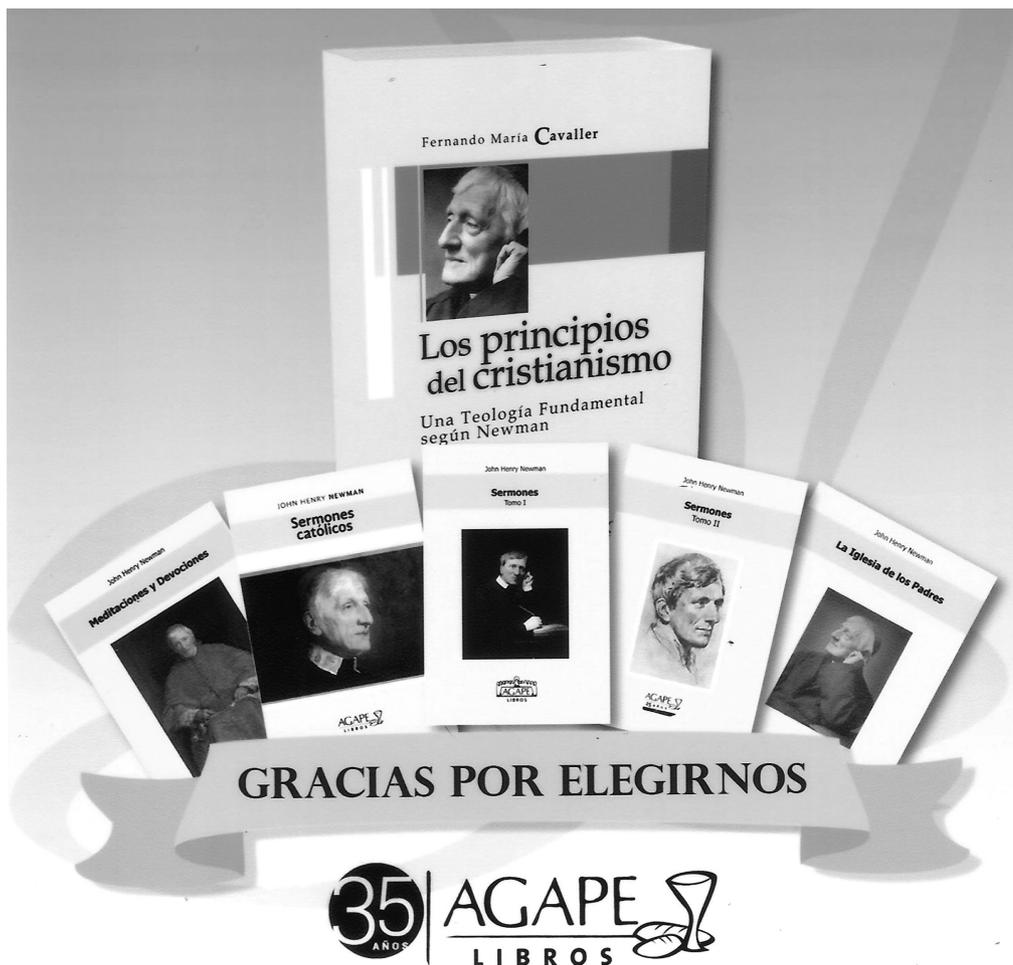
uno de los aquí reunidos es o un vaso de misericordia o un vaso de ira apto para la destrucción; o mejor dicho, *será* así en el Último Día, y ahora está actuando *hacia* lo uno o lo otro. No podemos juzgarnos unos a otros, no podemos juzgarnos a nosotros mismos. Solamente sabemos si estamos en alguna medida sirviendo a Dios; sabemos que Él nos ha amado y “bendecido en Cristo con toda bendición espiritual” (Ef 1,3) y desea nuestra salvación. Sabemos acerca de los que nos rodean que también ellos han sido bendecidos por el mismo Salvador y deben ser mirados como hermanos nuestros, mientras no renuncien abiertamente, de palabra u obra, a esa fraternidad. Sin embargo, es verdad que el solemne proceso de *separación* del mal y del bien está siempre en curso. La red ha recogido de todo hasta el momento. Al fin del mundo ocurrirá la división final; mientras tanto se da una gradual clasificación y tamizado, silenciosa pero segura, hacia ella. También es verdad que todos los asuntos que se nos presentan en el curso de la vida son pruebas para nuestra fe e instrumentos de purificación. Y también es verdad que ciertos principios y acciones están bien y otras

SERMÓN

mal. Y es verdad más aún que nuestro deber reside en descubrir lo que está bien, cumpliéndolo y luchando por él. Y sin juzgar acerca del estado de nuestros hermanos, y sin ser demasiado serios en asuntos poco importantes, es nuestro deber dar un testimonio claro contra otros cuando pensamos que se equivocan, e imprimir en ellos nuestra seriedad con nuestra actitud, para no tolerar el pecado en ellos y llegar a ser cómplices del mismo.

Si todo esto es verdad, que Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, ¡nos haga capaces de

cumplirlo de todo corazón! Que nos de esa honestidad y simplicidad interior que ve las cosas como Él las ve, que capta lo invisible, que deja a un lado todas las sombras y nieblas del orgullo, del sectarismo o la ambición; y que no sólo conoce y hace lo que está bien, sino que lo hace porque lo conoce, y no por la mera razón y sobre la base de argumentos, sino desde el corazón mismo, con ese sentido interior y puro, ese temor escrupuloso, esa fe intensa, y esa devoción generosa que no necesita argumentos, excepto como medio de fortalecimiento y para persuadir o satisfacer a los demás.●—



Parochial and Plain Sermons, III, 16

Predicado en la iglesia St. Mary the Virgin, Oxford, el 25 de octubre de 1835

LA IGLESIA VISIBLE E INVISIBLE

Traducción Fernando María Cavaller

*En una casa grande no hay solamente vasijas de oro y de plata,
sino también de madera y de barro;
y unas son para usos nobles y otras para usos viles.
(2 Tim 2,20)*

Con estas palabras san Pablo habla de la Iglesia que contiene dentro lo bueno y lo malo, según el modelo del Salvador, quien en las parábolas de la red y de la cizaña había anunciado desde el comienzo esta misma seria verdad. Esa Santa Casa que Cristo estableció en orden a ser el tesoro y el canal de Su gracia para la humanidad, que los Apóstoles presidieron al comienzo y después otros que ellos nombraron, fue ya en su tiempo la sede de la falta de fe y santidad, así como de la verdadera religión. Incluso entre los Apóstoles mismos uno era “un demonio” (Jn 6,70). No es, pues, sorprendente, que, desde entonces, sea entre los dirigentes o entre los súbditos de la Iglesia, haya abundado el pecado, donde sólo deberían haber sido halladas la rectitud, la paz, y la alegría en el Espíritu Santo. Así es hoy día; lo ven nuestros ojos; no podemos negarlo.

Sin embargo, aunque todos lo vemos, no todos lo hacen bajo esa luz particular que la Escritura irradia sobre la cuestión. Con frecuencia damos razones de ella de otro modo, en relación con otras verdades distintas de aquella en la cual se basa realmente. En otras palabras, admitimos el hecho, pero adoptamos nuestra propia teoría al respecto. Explicaré lo que quiero decir, lo cual introducirá un tema digno de consideración.

La visión de los pecados de los cristianos nos ha llevado a hablar de lo que se llama Iglesia Visible e Invisible de un modo que no es propio de la

Escritura. La palabra Iglesia, aplicada al cuerpo de los cristianos en este mundo, significa una sola cosa en la Escritura: un cuerpo visible revestido de privilegios invisibles. La Escritura no habla de dos cuerpos, uno visible y el otro invisible, cada uno dotado de sus propios miembros. Pero esta es una idea común al presente, y es una idea errónea y (agregaría) peligrosa.

Es verdad que hay algunos sentidos en los que podemos hablar de modo admisible acerca de la Iglesia Visible e Invisible. No estoy encontrando faltas en las meras expresiones; uno no está obligado en el discurso común a usar cada palabra con precisión científica. Es aceptable hablar de Iglesia visible e invisible como dos lados de una y misma cosa, separados sólo en nuestras mentes, no en la realidad. Por ejemplo, en asuntos políticos, hablamos a veces de Inglaterra como una nación y otras como un estado, no queriendo significar cosas diferentes sino una cierta cosa idéntica vista en una relación diferente. Cuando hablamos de la Nación, tenemos en cuenta su variedad de derechos locales, intereses, dependencias, costumbres, opiniones, el carácter de su gente y la historia de la formación de ese carácter. Por otro lado, cuando hablamos del Estado, eso implica la noción de órdenes, rangos y poderes, del sector legislativo y ejecutivo, y cosas por el estilo. De igual modo, ningún perjuicio puede venir de la distinción de la Iglesia en visible e invisible, mientras la vea-

mos, en conjunto, como una en distintos aspectos. Como visible, por ejemplo, porque incluye a clérigos y laicos, y como invisible, porque basa su vida y su fuerza sobre influencias y gracias invisibles venidas del cielo. Esto no es realmente dividirla en dos, como no es dividir una línea curva al distinguir, como dicen, en cóncava y convexa. Lo que es convexo visto desde el exterior, es cóncavo visto desde el interior.

Podemos considerar a la Iglesia en un siglo como diferente de la Iglesia en otro. Podemos hablar de la Iglesia moderna y antigua, sin querer decir que son dos cuerpos por señalar meramente la diferencia de tiempo. Del mismo modo hablamos de la Iglesia judía y de la cristiana, aunque realmente ambas son una bajo distintas dispensaciones. Preguntaréis “qué significa que la Iglesia de una época sea la misma que la de otra época”, pues simplemente que no existe una línea real de separación entre ellas, que una es la continuación de la otra, y que podéis hablar tanto de dos Iglesias en este momento en el norte y sur de Inglaterra como de dos en siglos diferentes. Hablando con propiedad, la Única Iglesia es el cuerpo entero reunido de todas las épocas, de manera que la Iglesia de nuestro tiempo es sólo una parte de ella, en el mismo sentido que la Iglesia de Inglaterra hoy nos es más que una parte de la actual Iglesia Católica. En el mundo futuro esta Iglesia total quedará reunida en la unidad sin importar cuándo vivieron sus miembros separados, y entonces también todos los miembros infecundos y defectuosos serán separados, pues nada que no sea santo permanecerá en ella. Aquí tenemos, entonces, un segundo sentido en el que podemos distinguir entre Iglesia visible e invisible: el cuerpo de los elegidos, contemplado como será en el más allá, como existe ya en el Paraíso, podemos llamarlo Iglesia, si queremos, y como esta bendita consumación tiene lugar en el mundo invisible, podemos llamarlo Iglesia invisible. Sin duda, podemos hablar de Iglesia invisible en el sentido de la Iglesia en la gloria, o de la Iglesia en descanso. No hay error alguno en semejante modo de hablar. No estamos haciendo dos Iglesias; sólo estamos

mirando el cuerpo cristiano como existente en el mundo de los espíritus, y la Iglesia visible presente en cuanto tiene realmente parte y herencia en la misma bendición.

Yendo más allá, podemos hablar de modo figurado de los miembros de la Iglesia existente que ahora caminan en la fe y el temor de Dios, como de la Iglesia invisible, no queriendo decir con ello que constituyen un cuerpo separado (que no es el caso), sino separándolos del resto en la imaginación por una abstracción mental, hablando de ellos como invisibles porque no los conocemos, y hablando de ellos de modo peculiar como la Iglesia, porque son lo que todos los cristianos intentan y deben ser, y son todo lo que permanecerá de la Iglesia visible si llegara de improviso el Día del Juicio. De igual modo, hablando al modo político, identificamos al clero con la Iglesia, y es un ejemplo paralelo en el cual una parte de cuerpo se toma por el todo, ya que ¿quién diría que los laicos por sí mismos son una Iglesia y los clérigos por sí mismos otra?

En todos estos sentidos, pues, sea que hablemos de la Iglesia como bendecida y sostenida invisiblemente, o como triunfante en el más allá, o en relación a sus verdaderos miembros que son su apoyo sustancial y su gloria, podemos lícitamente hacer mención de la Iglesia invisible. Pero si concebimos la invisible como una, y la visible como otra, como si existiera un cuerpo sin privilegios espirituales compuesto de buenos y malos, y otro solamente de buenos con privilegios espirituales, estaríamos hablando sin justificación, o más bien sin autorización de la Sagrada Escritura.

La Iglesia de Cristo, como enseña la Escritura, es un cuerpo visible, investido con (o debería decir) consistente en privilegios invisibles. Tomad la analogía del cuerpo humano a modo de ilustración. Considerando al hombre de acuerdo a su naturaleza animal, debería hablar de él como una estructura visible y organizada sustentada por un espíritu invisible. Cuando el espíritu abandona el cuerpo éste de ser cuerpo y se convierte en cadáver. De igual manera, la Iglesia dejaría



La Iglesia Militante y Triunfante (Coro de San Esteban de Salamanca), Aciselo Antonio Palomino de Castro y Velasco (1655-1726).

de ser Iglesia si el Espíritu Santo la abandonara, y no existe en absoluto si no es en el Espíritu. O considerad la figura de un árbol, que es el ejemplo que pon nuestro Señor (Jn 15, 1-8). Una vid tiene muchas ramas y todas son nutridas por la sabia que circula por ellas. Puede haber ramas muertas, pero están en el único y mismo árbol. Aunque fueran tan numerosas como las sanas, cientos de veces más, no formarían un árbol por sí mismas. Si todas las ramas murieran, si el tronco muriera, entonces sería un árbol muerto. Pero, de cualquier modo, no podríamos nunca decir que había dos árboles. Tal es la explicación que da la Escritura acerca de la Iglesia, un cuerpo viviente con ramas, algunas muertas, algunas vivas; como la otra figura del texto que comentamos: “En una casa grande hay vasijas para usos nobles y otras para usos viles”. ¿Puede haber explicación mas clara que esta? ¿Por qué dividir en dos, cuando la

única razón para hacerlo, esto es, la improbabilidad de que el bien y el mal se encuentren juntos, es suplantada como irrelevante por el Señor y Sus Apóstoles? Muchas cosas distintas se dicen de la Iglesia, a veces hablando como gloriosa y santa, a veces abundando de ofensas y pecados. Quizá es natural, a primera vista, inventar la hipótesis de dos Iglesias, como los judíos soñaron de dos mesías; pero nuestro Señor ha dado a entender que no es necesario, que estas descripciones opuestas de la misma no son realmente incompatibles, y, por tanto, ¿qué razón hay para hacer violencia al texto sagrado?

Considerad estas descripciones varias, examinadlas cuidadosamente, y decid ¿por qué no es posible aplicarlas todas a un solo sujeto, si sabemos directamente que es lícito hacerlo? Considerad cómo se cumplieron plenamente en el caso de los corintios, que expresamente nos da la Escritu-

ra. Por ejemplo, la Iglesia se compone de rangos y oficios. “Así los puso Dios en la Iglesia, primeramente, como apóstoles; en segundo lugar como profetas; en tercer lugar como maestros; luego los milagros; luego, el don de las curaciones, de asistencia, de gobierno, de diversidad de lenguas” (1 Cor 12, 28). Está inhabitada por el Espíritu Santo: “Pero todas estas cosas las obra un mismo y único Espíritu, distribuyéndolas a cada uno en particular según su voluntad. Pues del mismo modo que el cuerpo es uno, aunque tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, no obstante su pluralidad, no forman más que un solo cuerpo, así también Cristo” (1 Cor 12, 11-12). Sus sacramentos son los instrumentos que usa el Espíritu Santo: “Porque en un solo Espíritu hemos sido todos bautizados, para no formar más que un cuerpo, judíos y griegos, esclavos y libres. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu” (1 Cor 12, 13). Aun así, a pesar de estos dones preciosos, la Iglesia consiste de malos y buenos, porque los corintios, siendo “templo del Espíritu Santo”, son reprobados por san Pablo por ser “orgullosos”, “discutidores” y “carnales” (1 Cor 5,2; 11,16; 3, 3-4).

En respuesta a esta explicación de la Iglesia como una y no doble, podría objetarse que “es imposible que hombres malos puedan realmente tener la gracias de Dios en ellos, o que los irreligiosos o mundanos puedan propiamente ser llamados justos o elegidos; pues tales hombres están externamente en la Iglesia, y por tanto hay dos Iglesias de cualquier modo, una exterior y otra interior”. O también podría decirse que “el arrepentimiento y la fe son declaradamente necesarios para gozar de los privilegios cristianos; por tanto, aquellos que no tienen estos requisitos no tienen ciertamente los privilegios, es decir, no son miembros de la verdadera Iglesia de Cristo, de donde se deduce nuevamente que hay dos cuerpos, sean cuales sean las palabras que se usen”. Se podría agregar, quizás, que “Simón el Mago, aunque había sido bautizado, no había sido regenerado, ya que san Pedro que estaba ‘lleno de maldad y atado por cadenas de iniquidad’ (Hech 8,23). Por otro lado, puede argüirse que “hay hombres buenos fuera de

la Iglesia visible, por ejemplo, entre los disidentes, que siendo buenos deben necesariamente estar en la Iglesia invisible, y, por tanto, hay ciertamente dos Iglesias”. En general están estos dos argumentos para probar que la palabra Iglesia tiene dos significados distintos en la Escritura: primero, que hay hombres malos en la Iglesia visible, y luego, que ciertos hombres buenos están fuera de ella, ambos derivados *del actual estado de cosas que vemos*, el cual se supone que es un comentario legítimo a las palabras de la Escritura.

1. Tomemos primero la objeción de que hay hombres malos en la Iglesia visible. ¿Qué prueba esto? Veamos. Se afirma que “los malos hombres no pueden ser miembros de la verdadera Iglesia, por consiguiente, existe una Iglesia distinta de la Iglesia visible”. Pero estaríamos más cerca de la verdad si, en vez de decir “los malos no pueden ser miembros de la Iglesia”, dijéramos “los malos no pueden ser verdaderos miembros de la Iglesia”. ¿No satisface esto todo lo que pide la razón, sin llevarnos a inferir que la Iglesia visible no es la verdadera Iglesia? También se dice que “la Iglesia visible no tiene los dones de la gracia, porque los hombres malvados que son miembros de ella, por supuesto, no los tienen”. ¿Cómo? ¿Es que la Iglesia debe estar sin los dones de la gracia por no poder impartirla a los malvados? ¿Qué razonamiento es este? ¿Porque ciertos individuos de un cuerpo no los tengan, el cuerpo no los tiene! Ciertamente, es posible que ciertos miembros de un cuerpo deban ser excluidos, bajo circunstancias, de sus privilegios, y consideramos que este es el caso con los hombres malos.

Volvamos al ejemplo del árbol, ya citado. ¿Es parte del árbol o no una rama muerta? Podrías decidir una cosa u otra, pero nunca dirías que porque la rama está muerta el árbol no tiene savia. Es una rama muerta de un árbol vivo, no una rama de un árbol muerto. De igual modo, los hombres irreligiosos son miembros muertos de la única Iglesia visible, que vive y es verdadera, no miembros de una Iglesia muerta. De que ellos estén muertos no se sigue que la Iglesia visible a la que pertenecen esté muerta también.

O considerad el paralelo de un cuerpo político. Las personas discapacitadas ¿son miembros suyos o no? ¿Y los presos? Los prisioneros están excluidos de ciertos derechos, pero son aun miembros del estado, y después de un tiempo recobran lo que habían perdido.

El caso es el mismo respecto a la Iglesia. En toda ella se extienden sus privilegios invisibles, pero puede haber obstáculos o impedimentos en algunos individuos que nos les dejan gozar de los mismos. Una cosa es ser admitido en el cuerpo y otra gozar de sus privilegios. Mientras los hombres son impenitentes, la gracia de cristiana no actúa en ellos. Y en proporción a su descuido y profanidad sofoca el Espíritu. Por eso la fe es necesaria para nuestra justificación como indispensable condición, donde se puede tener. Seguramente podemos conceder que Simón el Mago no sacó ningún provecho de su bautismo; la fuente de regeneración fue abierta para él, pero su corazón estaba cerrado. La bendición fue puesta en sus manos, pero él no tenía eso que únicamente puede percibirla y aplicarla. Estaba sellada para él y solo la penitencia y la fe podían abrirla. Por eso san Pedro le ordena arrepentirse para que pueda recibirla. Él continuó después en el pecado, como nos cuenta la historia, y entonces, por supuesto, el don concedido, pero no gozado, no probaría sino ser causa de condenación mayor en el último día. No presumo de decir que esta es la verdadera explicación de *su caso*, que no se nos cuenta, pero es un modo de explicarlo, manteniéndome alejado de la conclusión que habitualmente se saca al traer este caso. Si puede haber tal explicación, puede haber otras.

De igual modo, cuando los hombres caen en pecado, *ellos* pierden la luz del rostro de Dios, pero ¿por qué esa luz debería ser retirada de la Iglesia a causa de *sus* transgresiones individuales?

Hubo una controversia en los primeros tiempos que ilustra mejor la anterior explicación de la dificultad. Se discutía si era válido el bautismo administrado por clérigos herejes que habían sido expulsados de la Iglesia. Al final se decidió lo

siguiente: que el bautismo era válido por el propósito primario que tiene, esto es, admitir en el cuerpo visible de la Iglesia, pero que el *goce* de sus privilegios estaba suspendido mientras los que lo recibían permanecieran en la comunión herética. Al venir a la Iglesia Católica eran formalmente admitidos por la confirmación, y absueltos del vínculo que hasta entonces les ataba.

Entonces, si se me pregunta qué pensar del estado de los hombres irreligiosos en la Iglesia, contesto que, si se trata de abiertos pecadores, herejes o líderes en disenso, han de ser expulsados por la autoridad competente. En cuanto a los que no son así, no podemos determinar su real condición pues no podemos ver sus corazones. Muchos pueden parecernos buenos y perfectos cuando a los ojos de Dios están muertos, y, por supuesto, no pueden poseer los dones de la gracia más que Simón el Mago. O pueden ser tibios, inestables, inconsistentes, y haber perdido más o menos los privilegios que les fueron concedidos por gracia. Pero ¿cómo muestra todo esto que la Iglesia visible no tiene los dones verdaderos y espirituales que el Evangelio le concedió?

2. Consideremos ahora la segunda objeción, que “hay hombres buenos fuera de la Iglesia visible, y que por tanto existe una segunda Iglesia llamada invisible”. En respuesta digo que así como todo aquel que ha sido debidamente bautizado está, en cierto sentido, en la Iglesia, aun cuando sus pecados desde entonces le hayan ocultado el rostro de Dios, así también un hombre que no ha sido bautizado y es siempre correcto y ejemplar en su conducta, no prueba que haya sido regenerado, lo cual es el don peculiar e invisible de la Iglesia. ¿Qué es la regeneración? Es el don de una naturaleza nueva y espiritual, pero los hombres pueden, con la bendición de Dios, obedecerle y agradarle sin ese don. Los israelitas no estaban regenerados; el centurión Cornelio no estaba regenerado cuando sus oraciones y limosnas llegaron ante Dios. Ninguna conducta externa, por más consistente que sea, puede ser un criterio para nuestros juicios mortales acerca de este privilegio celestial y misterioso. En consecuencia, cuando me ponéis el

caso de disidentes religiosos, me alegro por ellos al escucharlo. Si no saben nada mejor, confiamos que Dios los aceptará como hizo con la sunamita. Deseo de todo corazón que ellos participen de las plenas bendiciones de la Iglesia, pero todos mis deseos no pueden cambiar los designios de Dios, y digo que su designio es que la Iglesia visible deba ser la que administra y el bautismo el instrumento de la regeneración. Pero no he dicho una sola palabra que implique que un hombre, si no sabe nada mejor, no pueda ser ejemplar en su generación natural sin el bautismo.

Suficiente como respuesta a la objeción, pero la misma consideración arroja luz sobre la primera dificultad también, la de que haya hombres inconsistentes en la Iglesia. Digo que la regeneración es un nuevo nacimiento, o el don de una nueva naturaleza. Pero observemos que no hay nada imposible en la cosa en sí, aunque creemos que no es así, nada imposible en la misma *idea* de que la regeneración se conceda a pecadores impenitentes. No digo regeneración en toda su plenitud, pues eso incluye la perfecta felicidad y santidad a la que tiende desde el principio, sino una regeneración verdadera y suficiente en sus cualidades primarias. Pues la esencia de la regeneración es la comunicación de una naturaleza más elevada y divina, y los pecadores pueden tener este don, aunque sería para ellos una maldición, no una bendición. Los demonios tienen una naturaleza más elevada y más divina que el hombre y sin embargo no están preservados por eso del mal.

Y si este es el caso incluso con pecadores, mucho más es concebible la regeneración en el caso de los niños, que no han hecho ni bien ni mal. Ni si sigue que, aunque crezcan desobedientes y sean un escándalo para la Iglesia, por eso la Iglesia no les haya comunicado un gran don, una iniciación en los poderes del mundo futuro.

Si este privilegio de gracia asegura una obediencia religiosa, entonces, verdaderamente, la desobediencia de aquellos que han sido admitidos en la Iglesia probaría que la Iglesia no se los ha comunicado. Pero hasta que un hombre esté listo

para mantener que el Espíritu no puede ser “sofocado”, no tiene autoridad para decir que no ha sido dado.

Entonces, después de estas explicaciones, permitidme preguntar en dónde está la inconsistencia en esta doctrina sobre la Iglesia que he dado ¿Qué *dificultad* presenta para forzarnos a rechazar la palabra clara de la Escritura acerca de ella, e imaginar una Iglesia visible con ningún privilegio en absoluto, y una Iglesia invisible de cristianos reales que los tiene exclusivamente? ¿Sólo la influencia de un sistema humano actuando en nosotros puede hacernos leer la Escritura tan perversamente! Y no es menor violencia negar que la Iglesia que los Apóstoles establecieron y que está de hecho entre nosotros hasta hoy, es lo que la Escritura dice que es: el pilar y el fundamento de la Verdad, la Madre de todos nosotros, la Casa de Dios, el lugar donde habita el Espíritu Santo, la Esposa de Cristo, una gloriosa Iglesia sin mancha ni arruga ni cosa parecida y destinada a permanecer hasta el fin del mundo. ¿Es esta una perversión menos violenta de la verdad de la Escritura, que cuando afirman obstinadamente que Cristo es un mero hombre cuando la Escritura dice que es Dios?

Señalaré para concluir una objeción que algunas mentes sutiles pueden hacer a las afirmaciones que os he expuesto. Puede decirse que la Iglesia ha perdido sus privilegios primitivos al permitirse permanecer en un estado de pecado y desorden que Cristo nunca quiso, por ejemplo, “que de tiempo en tiempo ha habido grandes corrupciones en ella, especialmente bajo el crecimiento del poder papal: ha habido muchísimos nombramientos escandalosos para sus más altas dignidades, infieles han sido obispos, se han administrado bautismos u ordenaciones sin creer que la gracia fuese impartida en esos ritos sagrados, y, en particular en nuestro país, herejes y pecadores públicos a quienes Cristo hubiese expulsado de la Iglesia se les tolera permanecer en ella sin ser reprendidos ni condenados, con gran pecado por parte de la Iglesia”. Esto es lo que se dice a veces, y confieso que si no hubiera Escritura-

ra para consultar, sería un plausible argumento contra el actual poder de la Iglesia, a dieciocho siglos de distancia de los Apóstoles. Parecería que, al no haberse observado plenamente las condiciones en que fue concedido ese poder, este se ha perdido. Pero aquí el caso de la Iglesia judía nos proporciona la consoladora certeza de que Dios no actúa así, aunque podría, y que sus dones y llamado “son irrevocables” (Rom 11,29). La Iglesia de Cristo no puede estar en peor condición que la de Israel cuando Él la visitó en carne mortal, y, sin embargo nos asegura que en aquel momento “los escribas y fariseos”, malvados como eran, “se sentaban en la cátedra de Moisés”, y que debían ser obedecidos en lo que enseñaban; y encontramos de acuerdo a esta información que Caifás, “porque era el sumo sacerdote”, tenía el don de profecía, aunque no sabía que lo tenía, más aún, a pesar de ser uno de los principales en llevar a cabo la crucifixión del Señor. Seguramente, entonces, podemos inferir que, por muy caída que esté la Iglesia ahora de lo que una vez fue, por muy inconsciente de sus poderes, tiene aún el don, como en la antigüedad, de transmitir y retirar los privilegios cristianos, “atar y desatar”, consagrar, bendecir, enseñar la Verdad en todo lo necesario, gobernar y prevalecer.

Pero si esto es así, si la Iglesia visible tiene realmente privilegios invisibles, ¿qué debemos pensar, hermanos míos, del espíritu general de estos tiempos, que mira la Iglesia nada más que como una institución civil, una creación y parte del Estado? ¿Qué pensar de la idea de que depende del aliento de los príncipes o de la promulgación de leyes humanas? ¿Qué pensar de aquellos que se oponen con fiereza y rencor, e injurian lo que es realmente un decreto de Dios y el lugar donde inhabita Su honor? San Pablo respetó incluso al sacerdocio judío después que la sangre del Re-

dentor hubo caído sobre él, diciendo que el sumo sacerdote de Dios no debía ser injuriado (Hech 23, 3-5); y si eso es así, mucho menos deben serlo los dirigentes de una rama de la Iglesia, que cualesquiera sean sus pecados del pasado, son inocentes de un crimen inexpiable (como humilde y fervientemente confiamos).

Es más, ¿qué indignamente actúan los que conociendo y confesando los reclamos reales de la Iglesia, permiten que sean tratados ligeramente y olvidados, sin decir una palabra en su defensa; los que por criterios seculares u otras razones insuficientes, soportan escuchar que nuestros dirigentes espirituales sean tratados como meros funcionarios civiles, sin dar instrucciones al respecto o protestar en contra, o no intimar con aquellos que los desprecian, incluso cooperando con ellos cordialmente como si pudiesen servir a dos señores, Cristo y el mundo! ¡Y qué melancólico es hoy día el espectáculo general de ignorancia, duda, perplejidad, creencia errónea y contumacia acerca del tema de esta gran doctrina, por no decir nada de los celos, el odio y el espíritu de incredulidad con los que se considera la Iglesia! Ciertamente, de este modo nos vemos forzados a admitir que, sean los que fuesen los privilegios conferidos a la Iglesia, hoy día, en lo que se refiere a sus plenos frutos, están suspendidos en nuestra rama de ella por nuestra actual falta de fe, ni podemos esperar que las glorias del Reino de Cristo sean manifestadas de nuevo en ella, hasta que no nos arrepen-tamos y confesemos “nuestras ofensas y las de nuestros antepasados”, y, en vez de confiar en “el brazo de carne” (2 Cro 32,8) reclamemos para la Iglesia lo que Dios le ha dado, por amor a Cristo, “escuchen o no escuchen” (Ez 3,11). ●—

Parochial and Plain Sermons vol III, 17

Predicado en St. Mary the Virgin, Oxford, el 14 de septiembre de 1834

LA IGLESIA VISIBLE, UN ESTÍMULO PARA LA FE

Traducción Fernando María Cavaller

Por lo tanto, ya que estamos rodeados de una verdadera nube de testigos, despojémonos de todo lo que nos estorba, en especial del pecado, que siempre nos asedia, y corramos resueltamente al combate que se nos presenta.
(Hb, 12, 1)

La advertencia y el consuelo que el Apóstol da a los hebreos, en medio de sus sufrimientos a causa de la verdad, eran estos: debían guardarse contra la incredulidad, ese pecado que fácilmente nos domina y tienta, principalmente y sobre todo “fijando la mirada en Jesús, iniciador y consumidor de nuestra fe” (Hb 12, 2). Pero, además de esto, agregó un segundo sostén. Tan glorioso y santo es nuestro Señor, aún visto en Su humana naturaleza, tan perfecto cuando era tentado, tan celestial aún sobre la tierra, que nosotros, siendo pecadores, no resistimos mirarle al principio. Como el bienaventurado Apóstol en el libro del Apocalipsis “caemos a sus pies como muertos” (Ap 1, 37). Por eso, compadeciéndose por nosotros, y sin quitar Su presencia, ha incluido a sus Santos y Ángeles, una gran compañía de seres creados, más aún, de aquellos que una vez fueron pecadores, y súbditos de Su Reino sobre la tierra, para que fuésemos alentados por el ejemplo de otros que nos han precedido a mirarle y vivir. En el siguiente capítulo, san Pablo enumera muchos de los Santos antiguos que recorrieron el camino de la fe, y dice en el texto: “Por lo tanto, ya que estamos rodeados de una verdadera nube de testigos, despojémonos de todo lo que nos estorba, en especial del pecado, que siempre nos asedia, y corramos resueltamente al combate que se nos presenta”. E inmediatamente habla con un lenguaje aún más elevado y brillante de la Iglesia cristiana, esa augusta asamblea que Cristo había

formado con todos los que eran santos en el cielo y en la tierra: “Vosotros os habéis acercado al monte Sión, a la ciudad de Dios vivo, la Jerusalén celestial, y a miríadas de ángeles, reunión solemne y asamblea de los primogénitos inscritos en los cielos, y a Dios, juez universal, y a los espíritus de los justos llegados ya a su consumación, y a Jesús, mediador de una nueva Alianza” (Hb 12, 22-24).

Se necesita mucho ese apoyo en cada época, como un remedio contra la incredulidad: la visión de los Santos de Dios y del Reino de los cielos. La necesitan mucho en cada época aquellos que han dedicado su corazón a servir a Dios, porque son pocos y buscan compañía. Se nos dice expresamente “ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y son muchos los que entran por allí”. Por otro lado, “es angosta la puerta y estrecho el camino que lleva a la Vida, y son pocos los que lo encuentran” (Mat 7, 13-14). Ay, ¿no es suficiente desaliento andar por un camino de abnegación, combatir nuestra natural sensualidad e imaginaciones, y luchar contra la carne, que deba añadirse a ello la guerra contra el mundo? ¿No es suficiente ser peregrinos y soldados todos nuestros días, para que tengamos que escuchar los saludos mutuos y las voces exultantes de los que escogen el camino de la muerte, y tengamos que caminar no sólo en el dolor sino en soledad? ¿Dónde está la bendición de los justos, dónde el gozo de la fe, el consuelo del amor, el triunfo del autodomínio, en semejante tristeza y desolación? ¿Quién hay que



simpatice con nosotros en nuestros gozos y dolores, que nos estimule con el ejemplo de su propio éxito? San Pablo nos responde: la nube de testigos de los tiempos pasados. Consideremos entonces nuestra necesidad y su remedio.

1. Ciertamente no se puede negar, si sometemos nuestros corazones a Cristo y obedecemos a Dios, que estaremos en el número de los pocos. Así ha sido en cada época y así será hasta el fin de los tiempos. Es difícil, desde luego, encontrar alguien que se entregue honestamente al Salvador. A pesar de todas las gracias derramadas en nosotros, de un modo u otro estamos en peligro de ser traicionados por nuestro propio corazón, y abrazamos una religión de apariencia y no de sustancia. De ahí que en un país llamado cristiano, la mayoría vive para el mundo. Más aún, parecería que a medida en que el cristianismo se difunde sus frutos disminuyen, o, al menos, no aumentan con su crecimiento. Parece (han dicho algunos) como

si cierta parte de la verdad estuviera en el mundo, un cierto número de los elegidos en la Iglesia, y a medida que aumenta su territorio se desparramara este resto por aquí y por allí, y pareciera más escaso y sentirse más desolado.

“Mirad que yo os envío como ovejas en medio de lobos” (Mt 10, 16). Lo que nuestro Señor dijo a sus apóstoles se cumplió hasta hoy en todos aquellos que le obedecen. Están desperdigados por todo el mundo, separados unos de otros, obligados a abandonar la querida compañía de unos con otros, y enviados lejos de aquellos que piensan distinto. La elección de profesión u ocupación no les pertenece. Circunstancias externas, sobre las cuales no tienen control, son las que determinan su vida; accidentes que los llevan a este u otro lugar, sin saber adónde van; y sin conocer a qué personas se unen, encuentran casi a ciegas su hogar y su compañía. En esto, además, difieren de los apóstoles, y muy dolorosamente, porque los apóstoles se conocían entre sí y podían comunicarse y formar, más aún, tenían que formar un cuerpo; pero ahora, esos corazones honestos y verdaderos en los cuales ha caído la semilla con provecho, ni siquiera se conocen entre sí; es más, cuando piensan que pueden distinguir a sus compañeros, no se les permite formar una sociedad aparte con ellos.

No se conocen mutuamente; no se conocen a sí mismos; no se atreven a tomar para sí mismos el futuro título de elegidos de Dios, aunque les está reservado realmente al ellos; y cuando más cerca están del cielo, tanto más bajamente piensan de sí mismos. “Señor, no soy digno de que entres en mi casa” (Mt 8, 8), fue el lenguaje de aquel que tenía más fe más que nadie en Israel. Sin duda, ellos no conocen su propia santidad, ni pueden distinguir a aquellos que son sus compañeros en santidad. Solo Dios ve el corazón; de vez en cuando, al seguir su camino, perciben vislumbres de la obra de Dios en otros, se aferran a ellos en la oscuridad, pero pronto los pierden; escuchan sus voces, pero a ellos no pueden encontrarlos. Aunque algunos pocos se les revelan en cierta medida. Entre aquellos con quienes está echada su suerte, a quienes ven continuamente, encuentren uno o dos, quizá,

para alegrarse, pero no muchos de estos. Porque así le ha complacido al Dueño de la Viña, que parece haberse propuesto que los suyos no debieran crecer demasiado juntos, y si parecen hacerlo poda Su viña para que, pareciendo que da menos fruto, lo de mejor. Arranca algunos que son promesas de la viña, y aquellos que deja hacen duelo por sus hermanos a quienes Dios se ha llevado consigo, sin entender que no es una extraña providencia, sino la verdadera regla de Su gobierno, dejar que Sus siervos sean pocos y solitarios.

E incluso cuando se conocen entre sí (tanto como el hombre puede conocer al hombre), como he dicho, no pueden formar una comunión exclusiva entre ellos. Por supuesto, cada uno quiere naturalmente vivir con aquellos que más le agradan, pero una cosa es tener una preferencia, y otra bien distinta marcar una línea de exclusión, y formar una compañía selecta dentro de la Iglesia. La Iglesia visible de Dios es esa única compañía que los cristianos conocen hasta ahora; fue establecida en Pentecostés con los apóstoles como fundadores, sus sucesores como gobernantes, y todos los que profesan la fe cristiana como miembros. En esta Iglesia visible es gradualmente modelada y madurada la Iglesia invisible. Está formada lenta y de diversos modos por el Espíritu Santo de Dios, en el caso de este o aquel hombre que pertenece al cuerpo general. Pero todos estos logros de la gracia de Dios no son más que partes de la Iglesia visible; de ella proceden, de ella dependen, no unos de otros, no forman un cuerpo juntos; no hay Iglesia invisible ya formada, no es por ahora más que un nombre, un nombre dado a aquellos que están escondidos y conocidos solo por Dios, todavía a medio formar, fruto verde y gradualmente madurado que crece en el tallo de la Iglesia visible. Tanto como intentar predecir las flores que al final sacarán provecho y madurarán para la cosecha, y luego contarlas y reunir las en nuestras mentes, llamándolas por el nombre de su planta, sería intentar ahora reunir en un grupo a los verdaderos elegidos de Dios. Están esparcidos entre las hojas de esa Viña Mística que se ve y recibe su nutrición de su tronco y ramas. Viven de

sus sacramentos y de su ministerio, obtienen luz y salvación de sus ritos y celebraciones, se comunican mutuamente a través de ella, obedecen a sus gobernantes, caminan junto con sus miembros, no se atreven a juzgar a este o aquel hombre, a derecha o izquierda, o si es o no absolutamente del número de aquellos que se salvarán; aceptan a todos los que no han abandonado abiertamente a Cristo, como hermanos suyos en Cristo, como partícipes de las mismas promesas generales, como hermanos reales hasta la muerte, como son aquellos que cumplen más estrictamente su vocación.

Y al mismo tiempo, mientras en la fe aman a aquellos que los rodean, llamados con el nombre de Cristo, y se abstienen de juzgar acerca de su estado real a la vista de Dios, no pueden sino ver mucho en ellos que los hiere y ofende; no pueden sino sentir muy dolorosamente la presencia de esa atmósfera mundana que les rodea, sea cual sea su origen; sienten la sofocación de esos vapores en los cuales la mayoría se contenta con permanecer; y mientras no pueden rastrear el mal hasta sus reales autores individualmente, están seguros de que es un mal que debe ser evitado y señalado, originado en algún lugar en la Iglesia. De aquí que, en sus esferas, elevadas o no, los pocos fieles son testigos; testigos de Dios y de Cristo, en sus vidas y en su protesta, sin juzgar a otros ni exaltarse a sí mismos. Son testigos en distintos grados, a distintas personas, más o menos, como cada uno lo necesita, distinguiéndose de la multitud de modos diferentes, según cada uno de esa multitud ante quienes testifican sea mejor o peor, y según ellos mismos estén más o menos adelantados en la verdad. Aun así, en conjunto, son testigos, como la luz testifica contra la oscuridad por contraste, haciendo el bien y recibiendo el mal a cambio, recibiendo en sí mismos el desprecio, el ridículo, y la oposición del mundo, mezclado, claro está, con alguna alabanza y reverencia, reverencia que no dura mucho, sino que pronto se convierte en temor y odio. Por eso es que los hombres religiosos necesitan algún consuelo que los sostenga, y que la Iglesia visible no proporciona a primera vista, cuando la marea de la impiedad los hace temer.

2. Entonces, en segundo lugar, ¿qué diremos en tales circunstancias? ¿No son más que testigos solitarios, cada uno en su lugar? ¿No es la Iglesia que ven realmente consolación alguna para ellos, excepto al contemplarla con la fe y respecto a sus dones invisibles? ¿O después de todo, les proporciona algún sostén sensible, una visión del cielo, de paz y pureza, opuesta al mundo como es ahora, y que a pesar del mal que abunda en él lo recubre? Por la gran misericordia de Dios, existe en efecto, y no en poca medida, un consuelo presente y sensible, que paso a mostrar.

Satanás, haga lo que haga, no puede apagar u oscurecer la luz de la Iglesia. Puede incrustar en ella sus propias creaciones malignas, pero incluso los cuerpos opacos transmiten rayos, y la Verdad brilla con su propio resplandor celestial, aun escondida. El Espíritu Santo se ha dignado hacer su morada en la Iglesia, y la Iglesia siempre llevará en su frente las señales visibles de su privilegio escondido. Vista a cierta distancia, toda su superficie estará iluminada, aunque la luz fluya realmente desde aberturas que se podrían contar. Los testigos dispersos se convierten así, en el lenguaje del texto, en “una nube”, como la Vía Láctea en los cielos.

Tenemos, en la Escritura, el registro de aquellos que vivieron y murieron en la fe en los tiempos antiguos, y nada puede privarnos de ellos. La fuerza de Satanás reside en que se vea que tiene la mayoría de su lado, pero cuando leemos la Biblia, este argumento pierde asidero en nosotros. Entonces descubrimos que no estamos solos; que otros, antes, han estado en nuestra misma condición, han tenido nuestros sentimientos, han sobrellevado nuestras pruebas, y han trabajado por el premio que estamos buscando. Nada eleva más la mente que la conciencia de ser miembro de una compañía grande y victoriosa. ¿No exulta el soldado con el triunfo de su comandante, y lo considera como propio? Él es solo uno, pero se identifica con el ejército y con la causa en la que sirve, y medita en las victorias y en aquellos que las obtienen, más que en las pérdidas o derrotas casuales. ¿No siente un nativo de un poderoso país alegría y orgullo de serlo? ¿No sentimos a hom-

bres que se glorían de haber nacido ingleses? Y van y vienen mirando las obras de su propio tiempo y los monumentos de sus antepasados, diciéndose que la suya es una noble raza. Mucho más pleno, mucho más razonable es el orgullo de un cristiano, y sin nada de arrogancia ni sentimiento carnal. Él sabe por la Palabra de Dios que es “ciudadano de una ciudad no ignorada” (Hech 21, 29). Él siente que la suya no es una línea advenediza sino muy antigua, porque Dios Todopoderoso se ha propuesto llevar muchos hijos a la gloria a través de Su Hijo, y engendrarlos nuevamente en sus distintas épocas para que le sirvan. Él es uno de una multitud, y todos aquellos Santos de los que lee son sus hermanos en la fe. Encuentra, en la historia del pasado, una peculiar consolación que contrarresta la influencia del mundo visible. Él no puede decir que santos están ahora en la tierra; y aquellos todavía no nacidos solo Dios los conoce; pero los Santos de los tiempos pasados están sellados para el cielo y le son revelados en cierto grado. Los espíritus de los justos le dan coraje para seguirlos. Esta es la razón de que sea una característica del cristiano mirar hacia atrás, a los tiempos pasados. El hombre de este mundo vive en el presente, o especula acerca del futuro, pero la fe descansa en el pasado y está satisfecha. Hace del pasado el espejo del futuro. Repasa la lista de los fieles siervos de Dios, a quienes san Pablo se refiere en el texto citado, y nunca más se siente triste como si estuviera solo. Abraham y los Patriarcas, Moisés, Samuel, los Profetas, David, y los reyes que siguieron sus pasos, estos son los antepasados del cristiano. Gradualmente aprende a tenerlos como imágenes familiares ante su mente, a unir su propia causa con la de ellos, y, como su historia lo consuelan, los defiende en su época. Por eso siente celo por su honor, y cuando son atacados contesta con vehemencia, para sorprender a aquellos que se contentan con las cosas como están; pero, en verdad, es demasiado agradecido, demasiado apasionado, demasiado interesado en la cuestión, para hacer cumplidos y ser generoso con quienes lo atacan. Prefiere resultar hoy crítico y no mañana equivocado.

Pero volvamos: ¡Qué mundo de simpatía y consuelo se abre a nosotros en la Comunión de los Santos! Los paganos que buscaban la verdad más seriamente desfallecían por carecer de compañía y cada uno andaba por su cuenta. Estaban tentados de pensar que todos sus mejores sentimientos eran algo vacío, y que no importaba si servían a Dios o lo desobedecían. Pero Cristo “ha reunido los hijos de Dios que estaban dispersos” [Jn 11, 52], y los ha acercado unos a otros en cada tiempo y lugar. ¿Somos jóvenes y tenemos tentaciones o pruebas? No podemos estar en peor situación que José. ¿Estamos enfermos? Job nos superará en sufrimientos y paciencia. ¿Estamos perplejos y ansiosos, con obligaciones conflictivas y desconcertados, teniendo que agradar a superiores poco amables, sin ofender a Dios? No podemos tener tan grave prueba como la de David cuando Saúl lo perseguía. ¿Es nuestro deber dar testimonio de la verdad entre pecadores? Ningún cristiano puede esta hoy día en una situación tan dura como la de Jeremías. ¿Tenemos problemas familiares? Job, Jacob y David sufrieron aflicción por sus hijos. Es fácil decir todo esto, y muchos pueden escucharlo y no sentirse conmovidos por ello, considerando que es una mera cuestión de palabras, fácil y convenientes de decir, pero un frío consuelo para el sufrimiento real. Y concedo que un hombre no puede sacar provecho enseguida de estas consideraciones. Quien nunca haya pensado en la historia de los santos, sacará poco beneficio de ella al considerar el asunto por primera vez cuando le llegan los problemas. Se apartará decepcionado. Puede decir “mi dolor o mi prueba no es menor porque otro la haya tenido hace mil años”. Pero el consuelo en cuestión no llega por vía de la argumentación sino del hábito. Un viaje tedioso parece más corto cuando se va acompañado, y sean pocos o muchos los viajeros, cada uno recorre el mismo terreno.

Tal es el sentimiento del cristiano hacia todos los Santos, pero está especialmente excitado por la Iglesia de Cristo y por todo lo que pertenece a ella. Pues ¿qué es la Iglesia sino la garantía y la prueba del amor y del poder de Dios que nunca muere, de edad en edad? La estableció con compasión a la

humanidad, y su presencia entre nosotros es una prueba de que a pesar de nuestros pecados Él no nos ha abandonado todavía. “Hasta aquí nos ha socorrido el Señor” (1 Sam 7, 12). La ha fundado sobre sus Doce Apóstoles, y ha prometido que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella; y su presencia entre nosotros es una prueba de Su poder. La fundó para vencer a los cuatro reinos monstruosos que había entonces; y ella vivió para ver esos reinos de la tierra desmoronarse en el polvo y terminar en nada. Vivió para ver la nueva sociedad formada sobre el modelo de gobiernos que dura hasta hoy. Vive aún y es más antigua que todos ellos. Por mucha y recta reverencia que tengamos hacia el viejo linaje, la noble cuna, y los antepasados ilustres, la dinastía real de los Apóstoles es mucho más antigua que todas las familias reales que están hoy sobre la tierra. Cada obispo de la Iglesia que vemos es descendiente directo de san Pedro y san Pablo según el orden de un nacimiento espiritual – ¡una noble consideración, si nos damos cuenta! Es verdad que en distintas ocasiones los obispos han olvidado su alto rango actuando indignamente. Así también ocurrió con reyes y príncipes, pero eran nobles por sangre a pesar de sus errores personales, y la línea sucesoria de su familia no se rompió o degradó por eso. De igual modo, aunque sea verdad que sucesores de los Apóstoles han vivido en el pasado para este mundo, se aficionaron a este mundo, concibieron su oficio como secular y civil, y si fue de modo religioso al menos como propio “de hombres o por hombres” y no “por Jesucristo”, lo usaron para tener riquezas o para sentarse en puestos elevados, o tener rango y consideración, o fama literaria, o ser consejeros de reyes, o vivir en las cortes, sin embargo, concediendo lo más, no por eso son objeto de menor inspiración para una mente creyente que ve en cada uno de ellos lo serio de Su promesa: “No te dejaré ni te abandonaré” (Heb 13, 5; Dt 31, 6). Él dijo que estaría con Su Iglesia, y la mantiene viva hasta el día de hoy. Ha continuado la línea de Sus Apóstoles en adelante a través de cada época y de todos los problemas y peligros del mundo. Hay aquí, ciertamente, un estímulo para nosotros en medio de la soledad y la

debilidad. La presencia de cada obispo sugiere una larga historia de conflictos y pruebas, sufrimientos y victorias, esperanzas y temores, a lo largo de muchos siglos. Su presencia hoy es el fruto de todo ello. Es el memorial visible de aquellos que están muertos. Es la promesa de una lucha valiente, de una buena confesión de fe y de un alegre martirio ahora, si fuera necesario, como fue el caso de aquellos del tiempo primitivo. Vemos sus imágenes en nuestras paredes y sus tumbas están bajo nuestros pies, y confiamos, más aún, estamos seguros que Dios será para nosotros en nuestro tiempo lo fue para ellos. En palabras del salmista, “Que el Señor se acuerde de nosotros y nos bendiga, bendiga a la casa de Israel, bendiga a la casa de Aarón” (Sal 115, 12).

De modo especial, ver a nuestros Apóstoles vivos nos trae a la mente los más favorecidos de su sucesión, que en tiempos distintos han librado el buen combate de la fe valiente y gloriosamente. Alabado sea Dios, que nos ha permitido conocerlos como si hubiesen vivido en nuestros días y gozar de su ejemplo y enseñanza. ¡Pero, ay, a pesar de la variedad de libros que circulan ahora entre todas las clases sociales ¡qué poco se sabe de los Santos de tiempos pasados! ¿Cómo es esto? ¿Ha fallado la Iglesia de Cristo en alguna época?, ¿o han traicionado sus testigos su confianza?, ¿no son ellos carne de nuestra carne y huesos de nuestros huesos?, ¿no han participado del mismo alimento espiritual y la misma bebida espiritual que nosotros, usado las mismas oraciones y profesado el mismo credo? Si alguien hojea meramente el Prayer Book, se encontrará allí con nombres acerca de los cuales, quizá, no sepa ni le importe absolutamente nada. Una oración que leemos diariamente se llama oración de san Crisóstomo; un credo es llamado Credo de San Atanasio; otro credo se llama Credo Niceno; en los Artículos leemos a san Agustín y san Jerónimo; y en las Homilias a muchos otros. ¿Qué significan estos nombres? ¡Triste como es, no tenéis corazón para indagar o celebrar a aquellos que son compañeros y ciudadanos con vosotros, y grandes benefactores vuestros! Los hombres de este mundo difunden la fama unos de otros, se jactan en voz alta;

veis en cada calle los nombres y las estatuas de los hijos de los hombres, oís hablar de sus hazañas en discursos y relatos; pero no os importa conocer a aquellos de quienes estáis en deuda por la luz de la verdad evangélica. Fueron verdaderamente en su tiempo hombres de Dios, gobernantes y maestros en la Iglesia, que han recibido por la sucesiva imposición de las manos el poder dado primero a los Apóstoles y ahora a nosotros. Trabajaron, sufrieron y no desfallecieron, y sus escritos permanecen hasta hoy. Ahora bien, la persona que cultiva este pensamiento, encuentra en eso un gran estímulo, por la gracia de Dios. Decid que está solo, que su fe no es más que un sueño y sus esfuerzos en hacer el bien una locura, ¿y qué? Él sabe bien que ha habido tiempos en los que sus opiniones fueron las de personas veneradas e influyentes, y que las opiniones que hoy no se reprobaban porque ni siquiera se escuchaba hablar de ellas. Él sabe que las opiniones presentes son accidentes del momento, que caerán así como han surgido. ¡Caerán ciertamente, aunque sea en fecha distante! Él trabaja para ese momento, trabaja para los próximos quinientos años. Puede esperar en la fe quinientos años, esperar un largo tiempo, mucho después de que haya vuelto al polvo. Los Apóstoles vivieron hace mil ochocientos años; y cuanto más lejos mira hacia atrás el cristiano, tanto más puede mirar hacia adelante. Hay un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, de principio a fin.

Acabo de hacer referencia a nuestros Servicios Sagrados, que son un buen apoyo para nuestra fe y esperanza. Aquel que viene a la iglesia para dar culto a Dios, sea de la Iglesia Alta o Baja, entra en ese mundo celestial de los Santos del que he estado hablando. Pues en los Servicios de culto se nos manifiesta y hacemos real lo invisible. Se, por cierto, que Cristo está allí especialmente presente, y quiere comunicarnos su bendición, pero he venido hablando de la esperanza que se nos da a través de objetos sensibles, e incluso en desde ese punto de vista inferior es mucho lo que nos da durante el culto divino. Leemos en la Biblia acerca de los Santos que nos han precedido y los mencionamos en nuestras oraciones. Damos gracias a Dios por

ellos, lo alabamos con ellos, le pedimos a Dios que nos visite en su misericordia como hizo con ellos. Y se excluye todo pensamiento o principio terreno. El mundo no gobierna más como ocurre afuera; no enseña, ni alaba, ni culpa, ni se mofa, ni se admira, de acuerdo a su propio criterio falso. Se habla de él sólo como uno de los tres grandes enemigos a quienes hemos jurado resistir; ocupa su propio lugar, y su condena está predicha con seguridad, la victoria final de la Iglesia sobre él. Y además, es mucho más impresionante escuchar y ver que leer en un libro. Cuando leemos la Biblia y libros religiosos en privado, ha un gran consuelo, pero nuestras mentes están más despiertas y estimuladas en la iglesia, cuando vemos desplegadas y representadas esas grandes verdades de las que habla la Escritura. Allí vemos a “Jesucristo, crucificado ante los ojos” (Gal 3,1). Los signos litúrgicos que vemos imponen la verdad invisible ante nuestros sentidos. La misma disposición del edificio, la luz suave, las naves, el altar con sus piadosos ornamentos, son imágenes de cosas invisibles, y estimulan nuestra fe desfalleciente. Nos parece ver las cortes celestiales, con los Ángeles cantando, y los Apóstoles y Profetas escuchando, al leer nosotros sus escritos a su debido tiempo. Y así, incluso la asistencia en domingo puede, por la gracia de Dios, aprovechar a aquellos que no se han entregado a Él (sí a su salvación, porque nadie puede ser salvo tan solo por una o dos observancias o sin una vida de fe), y despertarles del sueño de pecado es infundirles pensamientos e ideas que pueden ser el germen de un bien futuro. Incluso aquellos, digo, que viven para el mundo, la mera asistencia dominical a la iglesia es un continuo momento para su conciencia que les da un vislumbre de las cosas invisibles, y les rescata en cierta medida de la servidumbre de Mamón o de Belial. De allí que el primer intento de Satanás cuando quiere arruinar un alma es convencerlo de desacralizar el Día del Señor. Y si tal es el efecto de ir a la iglesia una vez a la semana, incluso para una mente indecisa y carnal, ¡cuánto más impresionantes y vigorizantes serán los Servicios para hombres serios que vienen todos los días o

frecuentemente! Ciertamente tal asistencia es una salvaguarda, como dicen que son los amuletos, algo pequeño en apariencia, pero efectivo. Lo digo confiadamente: aquel que observa esto será a su tiempo un hombre diferente al que era, pues Dios obra en él. Su corazón será más celestial y anhelante; el mundo yacerá a sus; estará a prueba de sus opiniones, amenazas, halagos y ridiculizaciones. Su mismo modo de ver las cosas, su misma voz, maneras, modo de andar, y semblante, hablarán del cielo a aquellos que le conocen bien, aunque la mayoría no vea nada en él.

La mayoría no le entiende, e incluso en san Pablo o san Juan vería sólo hombres ordinarios. Pero de tanto en tanto alguien así habla incluso con eficacia a la mayoría. En épocas de inusual aflicción o alarma, cuando las mentes de los hombres desfallecen por temor, entonces él tendrá un poder natural sobre el mundo, y parecerá hablar, no como un individuo, sino como si en él estuviese concentrada toda la fuerza y la gracia de aquellos muchos Santos que han sido sus compañeros a lo largo de su vida. Él ha vivido con aquellos que están muertos, y al mundo le parecerá como alguien que viene de los muertos, hablando en nombre de los muertos, usando el lenguaje de almas muertas a las cosas visibles, revelando los misterios del mundo celestial, e imponiendo temor reverencial y dominio a quienes están aferrados a este mundo. ¡Qué poca consideración le dieron el centurión y la tripulación a san Pablo hasta que la tempestad “se les vino encima” y “perdieron toda esperanza de salvarse”! Pero entonces, aunque él no había hecho ningún milagro, “se puso en medio de ellos” y les exhortó y animó para que comieran, y actuando como sacerdote, dio gracias a Dios, partió el pan en presencia de ellos y le dio “buen ánimo”. (Hch 27, 9-38) Tal es el don, profundamente alojado y mostrado cada tanto, de aquellos que han ascendido al tercer cielo. Un Santo viviente, aunque no sea más que uno, es garantía de toda la Iglesia invisible. Que este pensamiento nos consuele como debe ser, tenga plena influencia en nosotros, y nos posea. “¡Levantemos nuestros corazones, levantémoslos hacia el Señor!” ●—

LA DEVOCIÓN DE NEWMAN A LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA Y SUS ESCRITOS MARIOLÓGICOS

Fernando María Cavaller

Newman fue *fellow* del Oriel College de Oxford durante 23 años. Oriel era un sobrenombre. El nombre original desde su fundación en 1326 era “Casa de la Bienaventurada Virgen María en Oxford”. La imagen de la Virgen con el Niño preside hasta hoy el patio de entrada. Había nacido católico, como los demás *colleges*, y devenido anglicano desde la reforma de Enrique VIII. La iglesia de la Universidad, donde Newman fue párroco 15 años era y es *Santa María Virgen*. A la iglesia que levantó en Littlemore le puso el nombre de *Santa María*. La tradición anglicana siempre había mantenido la veneración a María, pero no la invocaba como intercesora, influida desde la ruptura del siglo XVI por la concepción protestante de que el único Mediador es Jesucristo. Es así, pero eso no niega de ningún modo una mediación subordinada de la Virgen y de los santos. El rechazo lo justificaban protestantes y anglicanos por lo que llamaban excesos de la piedad católica, con la acusación de ser cultos idolátricos. Incluso después del famoso *Tracto 90* y la condena de los obispos, Newman mismo dice en la *Apología: No podía ir a Roma mientras los católicos romanos dieran a la Santísima Virgen y a los Santos un culto que en mi conciencia tenía yo por incompatible con la Suprema e Incompatible Gloria del Único Dios eterno e Infinito*.¹ Aun así, dice más adelante: *A pesar de mis arraigados temores respecto a Roma, a pesar de la explícita reprobación de mi conciencia contra sus prácticas, a pesar de mi cariño entrañable por Oxford y Oriel, abrigaba yo un secreto amor por Roma, la Madre de la cristiandad inglesa,*

y tenía una auténtica devoción por la Bendita Virgen María, en cuyo colegio vivía, cuyo altar servía, y cuya Pureza Inmaculada había alabado en uno de mis primeros sermones que publiqué.²

Se refiere al sermón *La reverencia debida a la Virgen María*, para la Fiesta de la Anunciación de 1832, donde llegó a decir: *Podemos suponer muy bien que tenía más que nada esa pureza e inocencia de corazón, esa luminosa visión de fe, esa confianza en su Dios, que elevaba todos esos sentimientos a una intensidad que, nosotros, ordinarios mortales, no podemos entender... ¿Quién puede apreciar la santidad y la perfección de Aquella que fue elegida para ser la Madre de Cristo? ¿Qué dones debió tener, quien fue elegida para ser el único familiar más cercano en la tierra al Hijo de Dios, la única a quien Él estaba obligado por naturaleza a venerar y admirar, la escogida para guiarle y educarle, para instruirle día a día, a medida que crecía en sabiduría y en estatura?*³ Cuando el sermón fue publicado tres años más tarde, hubo polémica entre los anglicanos porque pensaban que el predicador adhería secretamente a la fe católica romana de la Inmaculada Concepción. La realidad es que aún no estaba definida pero sí creída.

En la *Apología*, sigue más adelante diciendo: *Esas demostraciones de devoción a Nuestra Señora eran mi gran cruz en cuanto al catolicismo y –lo diré con toda franqueza– ni siquiera ahora termino de adaptarme a ellas [está escribiendo en 1865, 20 años después de su conversión]. Creo sinceramente que no amo menos a la Virgen bendita por eso, por no poder adaptarme a estas prácticas. Son perfectamente*

explicables y justificables, pero gusto y sentimientos no entienden de lógicas. Están muy bien para Italia y los italianos, pero no para Inglaterra y los ingleses. Y también dice que, al recibir en 1842 del padre Russell, rector por entonces del Seminario de Maynooth en Irlanda, unos libros de san Alfonso María de Ligorio y folletos populares de devoción de Roma, no encontró nada de “mariolatría”, aunque no superó sus dificultades sobre las devociones a los santos hasta 1844, es decir a las puertas de la conversión. Pero inmediatamente agrega: *Hay otra consideración que debió de influirme en aquella etapa. Es verdad que la idea de la Virgen Bendita había crecido en la Iglesia de Roma a medida que pasaban los siglos; pero lo mismo había ocurrido con todas las ideas cristianas. Por ejemplo, la Sagrada Eucaristía. La imagen pálida y lejana de una desvaída Iglesia de los Apóstoles se ve en Roma como si se le pusiera una lupa o se mirara con prismáticos. Sin embargo, la armonía del conjunto es ahora la misma que entonces. No es justo tomar una idea católica, la de la Virgen María, y sacarla de su contexto. Y vamos a parar al principio del desarrollo de la doctrina en la Iglesia Cristiana, del que me empecé a ocupar a finales de 1842.*⁴ En efecto, este principio vino a ser la llave con la que pudo abrir una cantidad de puertas cerradas respecto a la Iglesia de Roma, no sólo la del culto a María. Y dirá en una carta de 1844: *Estoy mucho más seguro (según los Padres) de que estamos en estado de separación culpable que de que no se den desarrollos en la doctrina del Evangelio y, en concreto, de que los desarrollos reconocidos por la Iglesia Romana no sean los verdaderos.*⁵

De hecho, en el último de los *Sermones Universitarios* predicados oficialmente ante la Universidad de Oxford, en la Fiesta de la Purificación de 1843, cuando ya estaba retirado en Littlemore, comenta el texto de Lucas 2, 19: “María guardaba todas estas cosas meditándolas en su corazón”, y dice: *La fe de María no se limitó a una mera aquiescencia a los designios y a la revelación de Dios; el texto nos informa que, además, “meditaba” todo aquello... Así, Santa María es nuestro modelo de fe, tanto en la aceptación como en el estudio de la verdad divina. No le basta con recibirla, sino que profundi-*

*za en ella. No empieza, por cierto, razonando, como Zacarías, sino creyendo primero; y luego, por amor y reverencia, usando la razón detrás de la fe. De este modo ella simboliza para nosotros no sólo la fe de los sencillos, sino también la fe de los doctores de la Iglesia, los que tienen que investigar, profundizar y definir el sentido del Evangelio, además de profesarlo.*⁶

Este último sermón dio origen a su *Ensayo sobre el desarrollo de la doctrina cristiana*, escrito también en Littlemore, como último paso a su conversión, donde ilustra la sexta nota de un desarrollo auténtico, “la conservación de los desarrollos precedentes”, con la devoción a nuestra Señora, que fluye como consecuencia natural de la devoción a su Hijo, a la cual no debilita de ningún modo. Jean Guitton afirmó que “Newman es *por excelencia*, el *Doctor Marianus* del siglo XIX”, en el sentido de que no repitió simplemente lo que teólogos y místicos habían dicho, sino que agregó una nueva clave de inteligibilidad de los misterios de nuestra Señora, “uniendo la teología de la Virgen María y las formas de devoción mariana a los desarrollos de la idea de Cristo y de la Iglesia”.⁷

El día de su conversión, 9 de octubre de 1845, rezó con sus compañeros por vez primera las “Letanías lauretanas” de la Virgen, donde la fe católica implora su intercesión. Luego fue enviado a Oscott, en Birmigham, y para su confirmación católica agregó a su nombre John Henry el de María, y así firmará cuando le escriba al papa Pío IX.⁸ La casa que les dieron allí a él y sus compañeros, llamada *Old Oscott*, fue rebautizada *Maryvale*, El valle de María. Vuelto de Roma, y siendo ya sacerdote católico, el Oratorio que fundó en Birmingham fue dedicado a la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen. Y cuando fundó la Universidad Católica de Irlanda., la puso bajo el patrocinio de María, *Sedes Sapientiae*.

Cuando en 1854 la Iglesia definió el dogma de la Inmaculada Concepción, Newman hubo de salir a la palestra en Inglaterra para defenderlo, ante la habitual acusación anglicana de que Roma agregaba dogmas al Credo original. En la *Apología* dirá: *No es que los católicos tengamos que creer eso porque se haya definido, sino al revés, se*

ha definido porque los católicos lo creíamos.⁹ A su gran amigo Edward Pusey, gran teólogo, que había permanecido anglicano y le preocupaba que este dogma romano no tuviera fundamento ni en la Escritura ni en la Tradición, Newman le escribió una extensa carta, un verdadero tratado, mostrando su legitimidad a partir de textos de los Santos Padres donde hablan de María como Nueva Eva. Es aquí, donde pone esa frase esencial: *Los Padres me hicieron católico*.¹⁰ En efecto, también fueron sus guías en cuanto a la fe plena de la Iglesia sobre María. Escribió, asimismo, un *Memorandum* sobre la Inmaculada Concepción,¹¹ a otro amigo suyo anglicano, Robert Wilberforce, uno de los teólogos líderes del Movimiento de Oxford, que sí se convirtió, precisamente en 1854.

A poco de instalarse los oratorianos en Birmingham, Newman escribió 18 *Discursos* destinados a grupos católicos y protestantes.¹² Los hemos estado leyendo y estudiando este año con gran fruto. Quedaron unos pocos entre los cuales están los dos últimos, *Los privilegios de María*, y *La conveniencia de los privilegios de María*. En el primero de ellos afirma, con precisión teológica y, a la vez, con ese talento literario y poético que le caracteriza, que la Maternidad divina de María, la *Deipara* o la *Theotokos* (Madre de Dios) era una verdad que protegía la unidad divino-humana de Cristo. *Al testimoniar el proceso de la unión, asegura la realidad de los dos sujetos de esa unión, de la Divinidad y de la Humanidad. Si María es la Madre de Dios, se sobreentiende que Cristo es Dios con nosotros... La Iglesia y Satanás estaban de acuerdo en que Hijo y Madre van juntos. La experiencia de tres siglos ha confirmado su testimonio. Pues los católicos, que han honrado a la madre, adoran toda vía al Hijo, mientras que los protestantes, que han cesado ahora de confesar al Hijo, comenzaron entonces burlándose de la Madre*.¹³ Esto se llama en teología “conexión de verdades”, y de aquí deriva también la dignidad que le otorga la Iglesia en la fe y en su culto. Newman vuelve a hablar de María como Nueva Eva, y del poder de su intercesión.

En el último discurso nos habla de la conveniencia de los privilegios marianos y comienza



Inmaculada Concepción, Francisco de Zurbarán, c.1630, Museo del Prado.

por el final, porque señala la Asunción de María a los cielos, una doctrina ciertamente ya creída, aunque recién fue promulgada como dogma en 1950. Newman la ve en armonía con la Encarnación, como una *consumación* de la vida terrena de María, y dice: *Nada es demasiado para aquella a quien Dios debe su vida humana*.¹⁴ Nos habla de su plenitud de gracia y de su santidad, para recalcar: *María no fue un mero instrumento de la dispensación divina. El Verbo divino no se limitó a entrar en ella y a salir de ella. No pasó simplemente a través de la Virgen... Tomó, por el contrario, de la Virgen la sangre y la sustancia de hombre. Se hizo hombre a partir de ella. Llevó el perfil y los rasgos físicos de su Madre... Se reconocería sin duda por el parecido a la Madre que Jesús era su hijo*.

Y después de hablar nuevamente sobre su Asunción, incluso de su muerte (realidad que no

estaría en el dogma definido, pero que hay libertad de sostener aún hoy), termina diciéndonos esto como final de su discurso mariano: *Si la Madre del Salvador debe ser la primera criatura en santidad y belleza, si desde el principio de su ser estuvo libre de todo pecado... ¿qué es propio de sus hijos sino imitarla en su devoción, su mansedumbre, sencillez y modestia? Sus glorias no le han sido concedidas solamente con vistas a su Hijo, sino también por causa y a beneficio nuestros. Imitemos la fe de quien recibió el mensaje de Dios sin sombra de duda; la paciencia de quien soportó la sorpresa de José sin pronunciar una sola palabra; la obediencia de quien subió a Belén en el invierno y dio a luz el Señor en un establo; el espíritu de oración de quien meditaba en su corazón lo que veía y oía acerca de su Hijo; la fortaleza de quien tuvo el corazón atravesado por una espada de dolor; la entrega, en fin, de quien dio a su Hijo durante su vida pública y aceptó abnegadamente su muerte en la Cruz. Sobre todo, imitemos su pureza. ¡Qué gran necesidad tenéis, hombres y mujeres jóvenes, de la intercesión, ayuda y ejemplo de la Virgen María a este respecto! ¿Qué otra cosa podrá llevaros adelante sino el pensamiento y protección de Santa María?, ¿quién podrá sellar vuestros sentidos y tranquilizar vuestro corazón excepto María? Ella os confortará en vuestros desánimos, aliviará vuestras fatigas, os levantará en vuestras caídas, y premiará vuestras victorias... ¿Qué os hará volver a la paz y a la salud, sino el suave aliento de la Virgen Inmaculada?... Nadie que la buscó en sinceridad se ha visto defraudado. Ella es el tipo personal y la imagen representativa de esa vida espiritual y renovación interior sin las cuales no se encuentra a Dios.*¹⁵

En sus *Meditaciones y devociones*, recopiladas y publicadas un año después de su muerte, aparece una para el Viernes Santo: *Jesús, Hijo de María*, tres letanías, la de *Los siete dolores de la Santísima Virgen*, la del *Inmaculado Corazón de María*, y la del *Santo Nombre de María*, una *Breve celebración para el rosario dominical*, y una estrofa de alabanza para ponerla debajo de un cuadro del *Corazón de María*:

*Santo el vientre que le llevó,
y santos los pechos que lo amamantaron,*

*pero más santo aún el corazón real
que en Su pasión se desangró.*

También tradujo del latín el himno ‘Ave Maris Stella’, y escribió dos poesías, *La Reina peregrina* y *El mes de María*. Finalmente están las *Meditaciones para el mes de María*, un comentario para cada una de las Letanías Lauretanas, su testamento teológico-devocional mariano. Dice de la invocación ‘Estrella de la mañana’: *¿Cuáles son los símbolos en este mundo visible y sensible que más nos aproximan como representación a las glorias de ese mundo más elevado que está más allá de nuestra percepción corporal? ¿Cuáles son las verdaderas señales y promesas aquí, por muy pobres que puedan ser, de lo que un día esperamos ver en el futuro como hermoso y excepcional? Cualesquiera puedan ser, con toda seguridad la Bienaventurada Madre de Dios puede reclamarlos como propios. Y así es...El privilegio de María es ser la Estrella Matutina que anuncia al sol. Ella no brilla por sí misma o de sí misma, sino que es el reflejo de su Redentor y nuestro Redentor, y así le glorifica. Cuando aparece en la oscuridad, sabemos que Él está muy cerca.*

Desde su conversión, Newman había agregado el rosario a su oración diaria. En su escritorio del Oratorio de Birmingham hay un reclinatorio que él usaba y un par de rosarios grandes colgando de la pared con los que rezaba. Se había aprendido de memoria la Misa de la Virgen cuando perdió la vista. La Misa y María, los amores de un sacerdote, y de todo cristiano. Pidámosle a san John Henry que interceda para que no perdamos ninguno.●—

Notas

1. Apo 166 (Ed. Encuentro)
2. id 178
3. PPS II, 12.
4. Apo 200-201
5. id 202
6. OUS, 365-367
7. Newman Studies, 3 (1957) 84-5, nota 7.
8. LD XII, 87.
9. Apo 251
10. A Letter Addressed to the Rev. E. B. Pusey, DD. On occasion of his Eirenicon, 1865, Difficulties felt by Anglicans, vol II.
11. Meditations and Devotions.
12. Discourses to Mixed Congregations, 1849.
13. id, 336-337 (Discursos sobre la fe, Neblí, Rialp, 1981)
14. id 350
15. id 363-364

ÍNDICE GENERAL

NEWMANIANA 1991-2023

1. TRADUCCIONES DE OBRAS DE NEWMAN

SERMONES

Sermones parroquiales y sencillos / *Parochial and Plain Sermons* (por orden de publicación)

- La necesidad de la santidad para la beatitud futura (PPS I, 1), n°1, septiembre 1991; n° 54, agosto 2010
- Los riesgos de la fe (PPS IV, 20), n°3, abril 1992
- La encarnación (PPS II, 3), n°5/6, diciembre 1992
- La cruz de Cristo, medida del mundo (PPS VI, 7), n°7, abril 1993
- La religión del momento (PPS I, 24), n°11, mayo 1994
- El mundo invisible (PPS IV, 13), n°12, septiembre 1994
- Tiempos de oración personal (PPS I, 19), n°14, abril 1995
- Formas de oración personal (PPS I, 20), n°14, abril 1995
- Los misterios de la religión (PPS II, 18), n°17, mayo 1996
- Cristo manifestado en el recuerdo (PPS IV, 18), n°18, septiembre 1996
- Palabras irreales (PPS V, 3), n°19, diciembre 1996
- Cristo, un espíritu vivificador (PPS II, 13), n°20, mayo 1997
- El bautismo de los niños (PPS VII, 16), n°21, agosto 1997
- La Iglesia, un hogar para los solitarios (PPS IV, 12), n°23, abril 1998
- El don del Espíritu (PPS III, 8), n°24, agosto 1998
- El martirio (PPS II, 4), n°25, noviembre 1998
- El amor a los familiares y amigos (PPS II, 5), n°25, noviembre 1999.
- La mente de los niños (PPS II, 6), noviembre 1998
- La individualidad del alma (PPS IV, 6), n°26, abril 1999
- Ofrendas para el santuario (PPS VI, 21), n°27, septiembre 1999
- Vigilar (PPS IV, 22), n°28, diciembre 1999
- La paz de creer (PPS VI, 25), n° 29, abril 2000
- La abnegación, criterio de la seriedad (PPS I, 5), n° 29, abril 2000
- El misterio de la Santísima Trinidad (PPS VI, 24), n° 30, setiembre 2000
- La comunión de los santos (PPS IV, 11), n° 30, setiembre 2000
- Celebrar los días de los santos (PPS II, 32), n° 31, noviembre 2000
- La gloria de la Iglesia cristiana (PPS II, 8), n° 31, noviembre 2000
- La sabiduría salvífica (PPS II, 14), n° 33, agosto 2001
- Los benefactores del mundo (PPS II, 1), n° 34, noviembre 2001
- Fe sin visión (PPS II, 2), n° 34, noviembre 2001
- Los decretos divinos (PPS II, 11), n° 35, mayo 2002
- La cobardía religiosa (PPS II, 16), n° 35, mayo 2002
- Los testigos del Evangelio (PPS II, 17), n° 35, mayo 2002
- El peligro de las riquezas (PPS II, 28), n° 36/37, diciembre 2002
- El peligro de los talentos (PPS II, 30), n° 36/37, diciembre 2002
- Cristo oculto del mundo (PPS IV, 16), n° 36/37, diciembre 200.
- La resurrección del cuerpo (PPS I, 21), n° 38, mayo 2003
- La presencia eucarística (PPS VI, 11), n° 38, mayo 2003
- La Ley de Cristo es estricta (PPS IV, 1), n° 39, noviembre 2003
- La Ley del Espíritu (PPS V, 11), n°40, diciembre 2003
- La reverencia debida a la Virgen María (PPS II, 12), n° 41, julio 2004
- Resistir la censura del mundo (PPS VIII, 10), n° 42/43, diciembre 2004
- La humillación del Hijo eterno (PPS III, 12), n° 45, diciembre 2005
- La buena parte que eligió María (PPS III, 22), n° 46, septiembre 2006
- Los poderes de la naturaleza (PPS II, 29), n° 48/49, diciembre 2007
- Jeremías, una lección para los que están decepcionados (VIII,9), n° 48/49, diciembre 2007
- El sufrimiento corporal (PPS III, 11), n° 50, agosto 2008
- La aflicción: escuela de consuelo (PPS V, 21), n° 50, agosto 2008
- La batalla, condición para la victoria (PPS VI, 16), n° 50, agosto 2008
- Los llamados de Dios, (PPS VIII, 2), n° 51, diciembre 2008
- El pensamiento de Dios, sostén del alma (PPS V, 22), n° 52, agosto 2009
- El culto, una preparación para la venida de Cristo (PPS V, 1) n° 52, agosto 2009
- La alegría religiosa (PPS VIII, 17), n° 53, diciembre 2009
- La reverencia en el culto (PPS VIII, 1), n° 56, septiembre 2011
- El pastor de nuestras almas (PPS VIII,16), n° 56, septiembre 2011
- El lapso del tiempo (PPS VII, 1), n° 57, diciembre 2011
- El tiempo de Epifanía (PPS VII, 6), n° 57, diciembre 2011
- Dando gloria a Dios en las ocupaciones del mundo (PPS VIII, 11), n° 61, noviembre 2013
- Las privaciones de Cristo: una meditación para los cristianos (PPS VI, 4), n° 64, abril 2015
- La presencia espiritual de Cristo en la Iglesia (PPS VI, 10), n° 64, abril 2015
- Los milagros no son remedio para la falta de fe (PPS VIII, 6), n° 65, septiembre 2015
- Ecuanimidad (PPS V, 5), n° 66, diciembre 2015
- El misterio de la piedad (PPS V, 7), n° 66, diciembre 2015
- Testigos de la Resurrección (PPS I, 22), n° 67, junio 2016
- El amor a la religión, una nueva naturaleza (PPS VII, 13), n° 67, junio 2016
- La fiesta del Evangelio (PPS VII, 12), n° 67, junio 2016
- La Providencia individual revelada en el Evangelio (PPS III,9), n° 69, marzo 2017
- La empatía cristiana (PPS V, 9), n° 72, junio 2018
- Prometer sin hacer (PPS I, 13), n° 72, junio 2018
- Vacilar ante la venida de Cristo (PPS V, 4), n° 73/74, noviembre 2018
- Hacer memoria de las gracias recibidas (PPS V, 6), n° 73/74, noviembre 2018
- El Hijo encarnado, Víctima y Sacrificio (PPS VI, 6), n° 75, julio 2019

Amor, la única cosa necesaria (PPS V, 23), n° 75, julio 2019
Ascender con Cristo (PPS VI, 15), n° 77, julio 2020
La inhabitación del Espíritu en nosotros (PPS II, 19), n° 77, julio 2020
Las armas de los santos (PPS VI, 22), n° 77, julio 2020
La asistencia a la Santa Comunión (PPS VII, 11), n° 78, noviembre 2020
El templo visible (PPS VI, 20), n° 78, noviembre 2020
Pecados de debilidad (PPS V, 15), n° 81, septiembre 2022
El ayuno es motivo de prueba (PPS VI, 1), n° 81, septiembre 2022
La contienda en la Iglesia entre verdad y falsedad (PPS III, 15), n° 84, diciembre 2023
La Iglesia visible e invisible (PPS III, 16), n° 84, diciembre 2023
La Iglesia visible, un estímulo para la fe (PPS III, 17), n° 84, diciembre 2023

Sermones parroquiales y sencillos / Parochial and Plain Sermons (según el orden de volúmenes de la edición de Newman)

Volumen I:

La necesidad de la santidad para la beatitud futura (PPS I, 1), n° 1, septiembre 1991; n° 54, agosto 2010
La abnegación, criterio de la seriedad (PPS I, 5), n° 29, abril 2000
Prometer sin hacer (PPS I, 13), n° 72, junio 2018
Tiempos de oración personal (PPS I, 19), n° 14, abril 1995
Formas de oración personal (PPS I, 20), n° 14, abril 1995
La resurrección del cuerpo (PPS I, 21), n° 38, mayo 2003
Testigos de la Resurrección (PPS I, 22), n° 67, junio 2016
La religión del momento (PPS I, 24), n° 11, mayo 1994

Volumen II:

Los benefactores del mundo (PPS II, 1), n° 34, noviembre 2001
Fe sin visión (PPS II, 2), n° 34, noviembre 2001
La Encarnación (PPS II, 3), n° 5/6, diciembre 1992
El martirio (PPS II, 4), n° 25, noviembre 1998
El amor a los familiares y amigos (PPS II, 5), n° 25, noviembre 1998
La mente de los niños (PPS II, 6), noviembre 1998
La gloria de la Iglesia cristiana (PPS II, 8), n° 31, noviembre 2000
Los decretos divinos (PPS II, 11), n° 35, mayo 2002
La reverencia debida a la Virgen María (PPS II, 12), n° 41, julio 2004
Cristo, un espíritu vivificador (PPS II, 13), n° 20, mayo 1997
La sabiduría salvífica (PPS II, 14), n° 33, agosto 2001
La cobardía religiosa (PPS II, 16), n° 35, mayo 2002
Los testigos del Evangelio (PPS II, 17), n° 35, mayo 2002
Los misterios de la religión (PPS II, 18), n° 17, mayo 1996
La inhabitación del Espíritu en nosotros (PPS II, 19), n° 77, julio 2020
El peligro de las riquezas (PPS II, 28), n° 36/37, diciembre 2002
Los poderes de la Naturaleza (PPS II, 29), n° 48/49, diciembre 2007
El peligro de los talentos (PPS II, 30), n° 36/37, diciembre 2002
Celebrar los días de los santos (PPS II, 32), n° 31, noviembre 2000

Volumen III:

La Providencia individual revelada en el Evangelio (PPS III, 9), n° 69, marzo 2017
El sufrimiento corporal (PPS III, 11), n° 50, agosto 2008

La humillación del Hijo eterno (PPS III, 12), n° 45, diciembre 2005
La contienda en la Iglesia entre verdad y falsedad (PPS III, 15), n° 84, diciembre 2023
La Iglesia visible e invisible (PPS III, 16), n° 84, diciembre 2023
La Iglesia visible, un estímulo para la fe (PPS III, 17), n° 84, diciembre 2023
El don del Espíritu (PPS III, 18), n° 24, agosto 1998
La buena parte que eligió María (PPS III, 22), n° 46, septiembre 2006

Volumen IV:

La Ley de Cristo es estricta (PPS IV, 1), n° 39, noviembre 2003
La individualidad del alma (PPS IV, 6), n° 26, abril 1999.
La comunión de los santos (PPS IV, 11), n° 30, setiembre 2000
La Iglesia, un hogar para los solitarios (PPS IV, 12), n° 23, abril 1998
El mundo invisible (PPS IV, 13), n° 12, septiembre 1994
Cristo oculto del mundo (PPS IV, 16), n° 36/37, diciembre 2002
Cristo manifestado en el recuerdo (PPS IV, 17), n° 18, septiembre 1996
Los riesgos de la fe (PPS IV, 20), n° 3, abril 1992
Vigilar (PPS IV, 22), n° 28, diciembre 1999

Volumen V:

El culto, una preparación para la venida de Cristo (PPS V, 1) n° 52, agosto 2009
Palabras irreales (PPS V, 3), n° 19, diciembre 1996
Vacilar ante la venida de Cristo (PPS V, 4), n° 73/74, noviembre 2018
Ecuanimidad (PPS V, 5), n° 66, diciembre 2015
Hacer memoria de las gracias recibidas (PPS V, 6), n° 73/74, noviembre 2018
El misterio de la piedad (PPS V, 7), diciembre 2015
La empatía cristiana (PPS V, 9), n° 72, junio 2018
La Ley del Espíritu (PPS V, 11), n° 40, diciembre 2003
Pecados de debilidad (PPS V, 15), n° 81, septiembre 2022
La aflicción: escuela de consuelo (PPS V, 21), n° 50, agosto 2008
El pensamiento de Dios, sostén del alma (PPS V, 22), n° 52, agosto 2009
Amor, la única cosa necesaria (PPS V; 23), n° 75, julio 2019

Volumen VI:

El ayuno es motivo de prueba (PPS VI, 1), n° 81, septiembre 2022
Las privaciones de Cristo: una meditación para los cristianos (PPS VI, 4), n° 64, abril 2015
El Hijo encarnado, Víctima y Sacrificio (PPS VI, 6), n° 75, julio 2019
La cruz de Cristo, medida del mundo (PPS VI, 7), n° 7, abril 1993
La presencia espiritual de Cristo en la Iglesia (PPS VI, 10), n° 64, abril 2015
La presencia eucarística (PPS VI, 11), n° 38, mayo 2003
Ascender con Cristo (PPS VI, 15), n° 77, julio 2020
La batalla, condición para la victoria (PPS VI, 16), n° 50, agosto 2008
El templo visible (PPS VI, 20), n° 78, noviembre 2020
Ofrendas para el santuario (PPS VI, 21), n° 27, septiembre 1999
Las armas de los santos (PPS VI, 22), n° 77, julio 2020
El misterio de la Santísima Trinidad (PPS VI, 24), n° 30, setiembre 2000
La paz de creer (PPS VI, 25), n° 29, abril 2000

Volumen VII:

El lapso del tiempo (PPS VII, 1), n° 57, diciembre 2011
El tiempo de Epifanía (PPS VII, 6), n° 57, diciembre 2011

La asistencia a la Santa Comunión (PPS VII, 11), n° 78, noviembre 2020
La fiesta del Evangelio (PPS VII, 12), n° 67, junio 2016
El amor a la religión, una nueva naturaleza (PPS VII, 13), n° 67, junio 2016
El bautismo de los niños (PPS VII, 16), n°21, agosto 1997

Volumen VIII.

La reverencia en el culto (PPS VIII, 1), n° 56, septiembre 2011
Los milagros no son remedio para la falta de fe (PPS VIII, 6), n° 65, septiembre 2015
Jeremías, una lección para los que están decepcionados (VIII, 9), n° 48/49, diciembre 2007
Resistir la censura del mundo (PPS VIII, 10), n° 42/43, diciembre 2004
Dando gloria a Dios en las ocupaciones del mundo (PPS VIII, 11), n° 61, noviembre 2013
El pastor de nuestras almas (PPS VIII, 16), n° 56, septiembre 2011
La alegría religiosa (PPS VIII, 17), n° 53, diciembre 2009

**Sermones sobre cuestiones del momento /
*Sermons Bearing on Subjects of the Day***

Los tres oficios de Cristo (V), n°22, noviembre 1997
La fe y el mundo (VII), n°2, diciembre 1991
El cristiano de la era apostólica (XIX), n° 65, septiembre 2015
Elías, el profeta de los últimos días, un sermón para la esperanza (XXIV), n°25, agosto 1998
La despedida de los amigos (XXVI), n° 47, diciembre 2006

**Sermones predicados en distintas ocasiones /
*Sermons Preached on Various Occasions***

El intelecto, instrumento de la educación religiosa (I), n°4, julio 1992
La misión de san Felipe Neri (XII), n°15, julio 1995
Esperando a Cristo (III), n° 58, agosto 2012
Disposiciones para la fe (V), n° 58, agosto 2012
El poder secreto de la gracia divina (IV), n° 59, diciembre 2012
La religión de los fariseos, la religión de la humanidad (II), n° 59, diciembre 2012
El don característico de san Pablo (VII), n° 60, julio 2013
El don de simpatía de san Pablo (VIII), n° 60, julio 2013
Omnipotencia en cadenas (VI), n° 61, noviembre 2013
Cristo sobre las aguas (IX), n° 80, noviembre 2021
La segunda primavera (X), n° 80, noviembre 2021
El orden: testigo e instrumento de la unidad (XI), n° 80, noviembre 2021

Sermones Católicos (publicados por el Oratorio)

I. *La omnipotencia de Dios: una razón para la fe y la esperanza*, n° 63, noviembre 2014
 II. *La preparación para el Juicio*, n° 63, noviembre 2014; n° 79, agosto 2021
 III. *Los llamados de la gracia*, n° 63, noviembre 2014

IV. *Prejuicio y fe*, n° 63, noviembre 201.
 V. *Someterse a Dios*, n° 69, marzo 2017
 VI. *El mundo y el pecado*, n° 69, marzo 2017
 VII. *Nuestra Señora en el Evangelio*, n° 70, agosto 2017
 VIII. *Administradores y también hijos de Dios*, n° 68, octubre 2016.
 IX. *La infidelidad del futuro*, n° 68, octubre 2016

**Discursos a congregaciones mixtas
 (Discourses to Mixed Congregations)**

VI. *La voluntad de Dios, fin de la vida*, n°81, septiembre 2022

Cuatro sermones sobre el Anticristo (DA, II), n° 62, julio 2014

**Sermones no publicados / Unpublished
 Sermons 1824-1843 (vol I-V)**

La bendición de la aflicción (vol II, n° 37), n° 50, agosto 2008
El honor debido a la bienaventurada Virgen (vol III, n° 18), n° 71, diciembre 2017

Otros sermones no publicados

El rosario, un modo de meditar los misterios de nuestra fe, n° 71, diciembre 2017

**ESCRITOS HISTÓRICOS /
 Historical Sketches**

Patrísticos:

¿Qué dice San Ambrosio acerca del cristianismo primitivo? (vol I), n°7, abril 1993
San Antonio Abad (vol II), n°9/10, noviembre 1993
La misión de San Benito (vol II), n°11, mayo 1994; n°12, septiembre 1994
San Juan Crisóstomo, 1ª, 2ª y 3ª parte (vol II), n°17, mayo 1996; n°18, septiembre 1996
San Juan Crisóstomo, 4ª y 5ª parte (vol II), n° 36/37, diciembre 2002
Agustín y los vándalos (vol II), n°27, septiembre 1999
La conversión de San Agustín (vol II), n°28, diciembre 1999
San Basilio (vol II), n° 29, abril 2000; n° 30, setiembre 2000
Demetrias (vol II), n° 33, agosto 2001
Martín y Máximo (vol II), n° 35, mayo 2002
Las pruebas de Teodoro (1ª parte), n° 39, noviembre 2003
Las pruebas de Teodoro (2ª parte), n° 40, diciembre 2003
¿Qué dice Vicente de Lerins?, n° 41, julio 2004
¿Qué dice la historia de Apolinar?, n° 42/43, diciembre 2004
¿Y qué dicen Joviniano y sus compañeros?, n° 44, julio 2005
Basilio y Gregorio, n° 46, septiembre 2006

Elevación y caída de Gregorio, n° 47, diciembre 2006
¿Qué dicen los cánones apostólicos?, n° 50, agosto 2008

Otros:

Oxford medieval, n° 51, diciembre 2008
Las escuelas benedictinas, n° 52, agosto 2009

ENSAYOS /Essays y OTROS ESCRITOS

Sobre la Idea de una Universidad (extracto de un discurso), n°1, septiembre 1991
Discursos sobre el fin y la naturaleza de la educación universitaria, (Idea, parte I) n°17, mayo 1996; n°18, septiembre 1996; n°19, diciembre 1996; n°20, mayo 1997; n°21, agosto 1997
La teología de las siete cartas de San Ignacio (ECH, vol I, VI), n° 38, mayo 200.
La supremacía de la fe (del *Ensayo sobre el Desarrollo*), n° 59, diciembre 2012
El gran escrito de Newman sobre la Santísima Virgen María: Carta al Rev. E.B. Pusey con ocasión de su ‘Eirenicon’ (Diff II), n° 70, agosto 2017
María, modelo de fe que reflexiona (de los Sermones universitarios, XV), n° 71, diciembre 2017
La Encarnación de Nuestro Señor y la dignidad de su bienaventurada Madre; Misión de la bienaventurada Virgen; La devoción a la Santísima Virgen (del *Ensayo sobre el Desarrollo*, cap.IV, X, XI); n° 71, diciembre 2017
Biglietto Speech, con motivo del cardenalato, n° 54, agosto 2010.

MEDITACIONES Y DEVOCIONES / *Meditations and Devotions*

Meditaciones sobre las estaciones de la cruz (Via Crucis), n°3, abril 1992
Rezo meditado del Santo Rosario con textos de Newman. Misterios gozosos, n°8, julio 1993
Rezo meditado del Santo Rosario. Misterios dolorosos, n°9/10, noviembre 1993
Rezo meditado del Santo Rosario. Misterios gloriosos, n°11, mayo 1994
Meditaciones para ocho días, n°14, abril 1995
Oración de la mañana y de la noche, n°17, mayo 1996
Un camino corto a la perfección, n°18, septiembre 1996
Meditación para la noche de Navidad, n°19, diciembre 1996
La enseñanza de los cuarenta días, n°20, mayo 1997
El Paráclito, n°23, abril 1998
El poder de la cruz. La resurrección. La ascensión, n° 26, abril 1999
Dios y el alma, n°26, abril 1999
El Santo Sacrificio, n°31, noviembre 2000

Esperanza en Dios Creador, n° 36/37, diciembre 2002
Irradiar a Cristo, n° 39, noviembre 2003
El pecado, n° 39, noviembre 2003
Memorandum sobre la Inmaculada Concepción, n° 42/43, diciembre 2004
Dios con nosotros, Dios suficientemente en sí mismo, Sólo Dios es inmutable, Dios es amor, La Santidad de Dios, n° 44, julio 2005
La perfección infinita de Dios, El conocimiento infinito de Dios, La providencia de Dios, Dios es todo en todo, La incomunicable perfección de Dios, Dios se comunica a nosotros, Dios es el único sostén para la eternidad, n° 45, diciembre 2005
Novena a San Felipe Neri, Cuatro oraciones a San Felipe, Letanía de San Felipe, n° 48/49, diciembre 2007
Tres oraciones famosas de Newman, n° 54, agosto 2010
Dos meditaciones marianas para Navidad, n° 59, diciembre 2012
La Providencia de Dios, n° 60, julio 2013
Meditaciones marianas para la Navidad, n° 63, noviembre 2014
Letanía de los siete dolores de la Santísima Virgen; Letanía del Inmaculado Corazón de María, n° 68, octubre 2016
Breve celebración para el rosario dominical, n° 71, diciembre 2017
El corazón de María, n° 71, diciembre 2017
Letanía del Santo Nombre de María, n° 71, diciembre 2017
Meditaciones sobre las letanías de Loreto (completas), n° 71, diciembre 2017

CARTAS / *Letters*

Una carta de John Henry Newman a John Keble (8-6-44), n°14, abril 1995
Cartas de John Henry Newman a Mrs. Jemima Mozley, su hermana (21-2-43; 30-11-44; 22-12-44; 15-3-45), n°15, julio 1995
Das cartas de 1870 (2-1-70; 31-8-70), n°21, agosto 1997
Tres cartas a Emily Bowles (10-1-74; 18-1-74; 27-6-74), n°25, noviembre 1998
Carta a Miss Trench (29-10-75), n°26, abril 1999
Cartas de Newman en los días de la definición del dogma de la Inmaculada Concepción, (6-12-54; 8-12-54; 30-12-54) n° 42/43, diciembre 2004
Cuatro cartas de Newman (a Belamy, 25-1-39; a Holmes, 27-12-42; a Allies, 18-1-64; a Giberne, 10-2-69), n° 56, septiembre 2011
Tres cartas de Newman a directores de distintos periódicos (15-05-1851; 28-06-1862; 09-09-1872), n° 58, agosto 2012
Cuatro cartas de Newman con motivos de su nombramiento como ‘fellow’ del Oriel College de Oxford, n° 60, julio 2013
Dos cartas de Newman sobre diferencias entre católicos, (18-02-1866; 20-10-1870), n° 61, noviembre 2013
Carta de Newman a Mozley (03-12-1875), n° 63, noviembre 2014
Newman a Mozley II (08-04-1875; 04-04-1875), n° 64, abril 2015
Caridad epistolar (18-12-1874; 07-06-1874; 27-11-1874, 13-12-1874; 14-12-1874; 25-06-1874; 14-08-1874), n° 65, septiembre 2015
Una muerte notable (11-01-1876; 15-01-1876; 16-06-1876), n° 66, diciembre 2015
Cartas de consejo (cuatro del 05-10-1876; 31-10-1876), n° 67, junio 2016

Sobre la enseñanza de la religión y la moral según la doctrina de la Tradición (credo y catecismo) (dos del 09,19, 1875), n° 68, octubre 2016
Newman entre una acusación malévola, llevado a juicio, y su importante concepción de una universidad católica (cinco de 1852: 27-05; 08-06; 25-06; 27-06; 9-10), n° 69, marzo 2017
Cartas con problemática educativa y vocacional (cuatro de 1849: 04-02; 06-02; 07-02; 29-03), n° 72, junio 2018
Consejos sobre la vocación conventual (dos de 1851: 09-07; 22-09), n° 73/74, noviembre 2018
Acerca de la unidad de la Iglesia (dos de 1852: 22-08; 29-08), n° 75, julio 2019
La eucaristía y la preparación para la muerte (28-02-1853), n° 77, julio 2020
Respeto a la religión y respeto al cónyuge (tres de 1875: 19-08; 18-09; 19-11), n° 78, noviembre 2020
La cuestión de la unidad de la Iglesia en cartas de J.H.N (22-08-1852), n° 81, septiembre 2022

El puerto, n° 59, diciembre 2012
Consolación, n° 60, julio 2013
La edad que viene, n° 62, julio 2014
Los Padres Griegos, n° 64, abril 2015
Humillación, n° 65, septiembre 2015
Insomnio, n° 66, diciembre 2015
Melquisedec, n° 67, junio 2016
Detrás del velo, n° 68, octubre 2016
Sensibilidad, n° 69, mayo 2017
Esperanza, n° 70, agosto 2017
La Reina peregrina, n° 71, diciembre 2017
La Reina de los tiempos, n° 71, diciembre 2017
Celo y mansedumbre, n° 72, junio 2018
Hora novissima, n° 73/74, noviembre 2018
Decadencia, n° 75, julio 2019
Apostasía, n° 77, julio 2020
Las cicatrices del pecado, n° 78, noviembre 2020
La religión de Caín, n° 79, agosto 2021
Palabras justas, n° 80, noviembre 2021
San Pablo, n° 81, septiembre 2022

POESÍAS / Verses on Various Occasions

Guíame luz bondadosa, n°1, septiembre 1991
La marcha de la verdad, n°2, diciembre 1991
Veneración, n°3, abril 1992
La señal de la cruz, n°4, julio 1992
Navidad sin Cristo, n°5/6, diciembre 1992
Introducción para un álbum, n°8, julio 1993
Los Padres griegos, n°9/10, noviembre 1993
Los dos mundos, n°11, mayo 1994
Progreso de la falta de fe, n°15, julio 1995
Por los difuntos, n°17, mayo 1996
Liberalismo, n°18, septiembre 1996
Los restos de los santos, n°19, diciembre 1996
Desolación, n°20, mayo 1997
La cárcel de oro, n°21, agosto 1997
San Felipe en su Dios, n°22, noviembre 1997
El don de lenguas, n°23, abril 1998
El vigía, n°28, diciembre 1999
Santiago y Juan, n° 35, mayo 2002
El poder de la oración, n° 36/37, diciembre 2002
Reverencia, n° 38, mayo 2003
Los elementos (coro trágico), n° 42/43, diciembre 2004
Memoria, n° 44, julio 2005
Nuestro futuro, n° 45, diciembre 2005
Avisos, n° 46, septiembre 2006
San Pablo en Malta, n° 47, diciembre 2006
Sueños, n° 47, diciembre 2006
Angélica guía, n° 48/49, diciembre 2006
Acción de gracias, n° 50, agosto 2008
El llamado de David, n° 51, diciembre 2008
Los escondidos, n° 52, agosto 2009
Candelaria, n° 57, diciembre 2011
El mes de María, n° 58, agosto 2012

ANTOLOGÍAS DE TEXTOS SEGÚN DIVERSOS TEMAS

La Iglesia visible e invisible, n°1, septiembre 1991
Fe y razón, n°2, diciembre 1991
Newman y el Papa, n°3, abril 1992
Testimonio personal de Newman, n°4, julio 1992
El principio de unidad que nos liga, n°5/6, diciembre 1992
La presencia de Cristo en los sacramentos, n°12, septiembre 1994
Newman, consejero de los convertidos, n°14, abril 1995
Testimonio cristiano, n°20, mayo 1997
El Padre se revela por Su Hijo en el Espíritu Santo, n°22, noviembre 1997
Lo sagrado en la liturgia, n°31, noviembre 2000
Seguro en las manos de Dios, n° 35, mayo 2002
La Comunión de los Santos, n° 36/37, diciembre 2002
La Iglesia como guardiana de la verdad revelada, n° 40, diciembre 2003
María, la Segunda Eva, n° 41, julio 2004
Iglesia y mundo, n° 45, diciembre 2005
El desarrollo dogmático, n° 47, diciembre 2006
Las huellas de Dios en la naturaleza y en la historia, n° 48/49, diciembre 2007
El espíritu de disensión, n° 51, diciembre 2008
Textos para Navidad, n° 57, diciembre 2011
Algunos pensamientos de Newman sobre la fe, n° 58, agosto 2012
El "sentido de la fe" en el Pueblo de Dios, n° 60, julio 2013
Algunos textos de Newman que hablan sobre el matrimonio y la familia, n°63, noviembre 2014
Novena al Beato John Henry Newman, n° 67, octubre 2016

2. ARTÍCULOS Y CONFERENCIAS SOBRE NEWMAN

Por orden de publicación

- Cassagne, Inés de, *Newman: la vida y el escritor*, n° 1, septiembre 1991
- Cavaller, Fernando María, *La actualidad del pensamiento de Newman*, n°2, diciembre 1991
- Ratzinger, Joseph, *Newman pertenece a los grandes maestros de la Iglesia* (traducido de 'Lover of Truth', Simposio Académico, Roma, abril 1990), n°2, diciembre 1991
- Crosby, John F., *La 'coincidentia oppositorum' en el pensamiento y espiritualidad de John Henry Newman* (de 'Lover of Truth', Roma, 1990), n°3, abril 1992; n°4, julio 1992; n°5, diciembre 1992
- Bouyer, Louis, *Iniciación a Newman*, n°4, julio 1992
- Bouyer, Louis, *Newman y el desarrollo*, n°5/6, diciembre 1992
- Bouyer, Louis, *Fe y razón según Newman*, n°5/6, diciembre 1992
- Cavaller, Fernando María, *1841-1845. Los años decisivos en Littlemore*, n° 5/6, diciembre 1992
- Cassagne, Inés de, *La despedida de los amigos*, n°5/6, diciembre 1992
- Prémoli, Federico, *El 'Ensayo sobre el desarrollo de la doctrina cristiana'*, n°5/6, diciembre 1992
- Cavaller, Fernando María, *Newman en el Catecismo de la Iglesia Católica*, n°7, abril 1993
- Bouyer, Louis, *Newman y la cultura*, n°7, abril 1993
- Cavaller, Fernando María, *Newman responde a la New Age*, n°8, julio 1993
- Bouyer, Louis, *Newman y la tradición*, n°8, julio 1993
- Bouyer, Louis, *Newman como teólogo*, n°8, julio 1993
- Gasparino, Pacífico J., *Dos lumbreras en el siglo XIX: John Henry Newman y Bto. Domingo Barberi*, n°8, julio 1993
- Cavaller, Fernando María, *Newman en la última encíclica papal, Veritatis Splendor*, n°9/10, noviembre 1993
- Prémoli, Federico, *Presencia de la teología en una Universidad*, n°9/10, noviembre 1993
- Cavaller, Fernando María, *Cuatro principios newmanianos en relación a la educación*, n°9/10, noviembre 1993
- Bouyer, Louis, *Newman y el ecumenismo*, n°9/10, noviembre 1993
- Bouyer, Louis, *Newman como maestro de espiritualidad*, n°11, mayo 1994
- Bouyer, Louis, *Newman y la vida llamada 'religiosa'*, n°11, mayo 1994
- Cassagne, Inés de, *Los Colegios de Oxford desde el medioevo hasta el tiempo de Newman y su Colegio de Littlemore*, n°12, septiembre 1994
- Morales, José, *La personalidad de John Newman en su teología*, n°13, diciembre 1994
- Morales, José, *La conciencia cristiana en la concepción ética y religiosa newmaniana*, n°13, diciembre 1994
- García Ruíz, Víctor, *Perder y Ganar*, n°13, diciembre 1994
- Morales, José, *Newman y los Padres de la Iglesia*, n°13, diciembre 1994
- Morales, José, *Newman y la Idea de una Universidad*, n°13, diciembre 1994
- Murray, Placid, *Newman y el cuidado de las almas* (traducido de 'Newman the Oratorian', Leominster, UK, 1980), n°15, julio 1995
- Cavaller, Fernando María, *Newman y la conversión*, n°16, diciembre 1995
- Sugg, Joyce, *Algunas conversas de Newman*, n°16, diciembre 1995
- Morales, José, *Introducción a los Discursos sobre el fin y la naturaleza de la educación universitaria*, n°17, mayo 1996
- Cavaller, Fernando María, *¿Un santo para nuestra crisis?*, n°19, diciembre 1996
- Cassagne, Inés de, *Newman novelista, y en especial: Callista*, n°19, diciembre 1996
- Morales, José, *Las convicciones de John Henry Newman*, n°20, mayo 1997
- Murray, Placid, *El legado de Newman en la predicación litúrgica anglicana* (traducido de 'Newman the Oratorian, UK, 1980), n°21, agosto 1997
- Cavaller, Fernando María, *La persona de Jesucristo en los escritos de Newman*, n°22, noviembre 1997
- Cassagne, Inés de, *La devoción de Newman a Jesucristo en la eucaristía*, n°22, noviembre 1997
- Randle, Guillermo, *Dar con el camino de la vida. Teología de la lucha de espíritus en John Henry Newman*, n°22, noviembre 1997
- Cassagne, Inés de, *La muerte del gran amigo Ambrose St. John*, n°23, abril 1998
- Hodge, Robert, *Cardenal Newman: contemplativo*, n°23, April 1998; n°24, agosto 1998
- Cavaller, Fernando María, *Newman y el Verbo encarnado: plenitud de la Revelación y Mediador universal, ante el pluralismo religioso*, n°24, agosto 1998
- Cavaller, Fernando María, *Elías, el profeta de los últimos días, un sermón para la esperanza*, n° 25, agosto 1998
- Cassagne, Inés de, *Newman, crítico literario (en cartas a Emily Bowles)*, n°25, noviembre 1998
- Rodríguez Quiroga, Silvia, *Newman y la teología*, n°25, noviembre 1998
- Ker, Ian, *Newman: descubrimiento del catolicismo después de su conversión*, n°26, abril 1999
- Cassagne, Inés de, *'Don't be original', o la humilde servicialidad del autor eclesiástico*, n°26, abril 1999
- Cavaller, Fernando María, *Newman y la música*, n°27, septiembre 1999
- Cassagne, Inés de, *La concepción poética de John Henry Newman*, n°28, diciembre 1999
- Murray, Placid, *El ministerio eucarístico*, (traducido de 'Newman the Oratorian, UK, 1980), n°29, abril 2000
- Cavaller, Fernando María, *Newman en la Universidad*, n°30, septiembre 2000
- Cassagne, Inés de, *Newman y la literatura en la Universidad*, n° 31, noviembre 2000
- Cavaller, Fernando María, *Newman sacerdote*, n°32, abril 2001
- Sacchi, Mario Enrique, *Newman y la crisis modernista*, n°32, abril 2001
- Cavaller, Fernando María, *La fe en el pensamiento de John Henry Newman*, n°33, agosto 2001

- Mauti, Ricardo M., *Newman en la vida y el pensamiento de Pablo VI*, n° 34, noviembre 2001
- Cassagne, Inés de, *Perder y ganar: novela de la inteligencia*, noviembre 2001
- Murray, Placid, *Oración y ministerio*, (traducido de 'Newman the Oratorian, UK, 1980), n°36/37, diciembre 2002
- Mauti, Ricardo M., *Newman: el predicador de St. Mary*, n° 38, mayo 2003
- Cavaller, Fernando María, *Newman y el Papa, según algunas cartas y notas diarias*, n° 39, noviembre 2004
- Cavaller, Fernando María, *La familia y la patria de Newman*, n°40 diciembre 2003
- Cavaller, Fernando María, *La Iglesia anglicana: el hogar espiritual de Newman*, n°41, julio 2004
- Mauti, Ricardo M., *San Felipe Neri visto por Newman*, n° 41, julio 2004
- Cavaller, Fernando María, *Los estudios y la vocación sacerdotal y docente del joven Newman*, n° 42/43, diciembre 2004
- Cavaller, Fernando María, *Littlemore: el hogar del paso a Roma*, n° 44, julio 2005
- Mauti, Ricardo M. *La recepción de Newman en la teología del siglo XX*, n° 44, julio 2005
- Cavaller, Fernando María, *La Iglesia Católica: el hogar para siempre*, n° 45, diciembre 2005
- Cavaller, Fernando María, *La Iglesia Católica. el hogar para siempre (continuación)*, n° 46, septiembre 2006
- Cavaller, Fernando María, *La Iglesia Católica. el hogar para siempre (continuación)*, n° 47, diciembre 2006
- Cavaller, Fernando María, *La visión cristiana del cosmos*, n° 48/49, diciembre 2007
- Cavaller, Fernando María, *Influencia del Padre Charles Russell en la conversión de Newman y la correspondencia de ambos en torno a la Eucaristía y otras cuestiones*, n° 48/49, diciembre 2007
- Cavaller, Fernando María, *La espiritualidad filipina de Newman*, n° 48/49, diciembre 2007
- Cavaller, Fernando María, *La aflicción en Newman*, n° 50, agosto 2008
- Cavaller, Fernando María, *Newman y el amor a la verdad: del anglicanismo al catolicismo con los Padres de la Iglesia. Itinerario de fe*, n° 51, diciembre 2008
- Cavaller, Fernando María, *La espiritualidad personal y litúrgica de Newman*, n° 52, agosto 2009
- Ferro, Jorge, *Los santos en la poesía de Newman*, n° 53, diciembre 2009
- Cavaller, Fernando María, *La santidad en el pensamiento y en la vida de Newman*, n° 53, diciembre 2009
- Cassagne, Inés de, *La tarea especial encomendada a cada uno*, n° 53, diciembre 2009
- Mauti, Ricardo M., *Santidad y oración en John Henry Newman*, n° 53, diciembre 2009
- Cavaller, Fernando María, *Newman y los Padres de la Iglesia*, n° 53, diciembre 2009
- Cavaller, Fernando María, *Discursos papales sobre Newman*, n° 54, agosto 2010
- Cavaller, Fernando María, *Newman en el Magisterio de la Iglesia*, n° 54, agosto 2010
- Knox, Ronald, *Sermón predicado en el centenario de la conversión de Newman*, n° 54, agosto 2010
- Cavaller, Fernando María, *El viaje de SS Benedicto XVI al Reino Unido y la beatificación de John Henry Newman*, n° 55, diciembre 2010
- Ker, Ian, *Syllabus de errores sobre Newman*, n° 56, septiembre 2011
- Ker, Ian, *Newman y la hermenéutica de la continuidad*, n° 56, septiembre 2011
- Cavaller, Fernando María, *Newman y su experiencia de Dios*, n° 56, septiembre 2011
- Cavaller, Fernando María, *Newman y el laicado*, n° 56, septiembre 2011
- Cavaller, Fernando María, *La influencia personal*, n° 57, diciembre 2011
- Cavaller, Fernando María, *Newman, doctor en la verdad de Cristo y de la Iglesia*, n° 57, diciembre 2011
- Cavaller, Fernando María, *Newman y "La idea de una universidad"*, n° 57, diciembre 2011
- Barry, Patrick, OSB, *Newman: hombre de fe*, n° 58, agosto 2012
- Cavaller, Fernando María, *La caridad pastoral del padre Newman*, n° 59, diciembre 2012
- Cavaller, Fernando María, *Le Eucaristía, sacramento de la fe, en el pensamiento y la vida de Newman*, n° 60, julio 2013
- Cavaller, Fernando María, *El Espíritu Santo y el misterio de la Iglesia en la conversión de Newman*, n° 60, julio 2013
- Wansbrough, Henry OSB, *Newman y la Sagrada Escritura*, n° 60, julio 2013
- Cavaller, Fernando María, *El lema cardenalicio de Newman*, n° 61, noviembre 2013
- Prémoli, Federico, *Newman y el poder de asimilación de la doctrina cristiana*, n° 61, noviembre 2013
- Cavaller, Fernando María, *El pensamiento de Newman sobre Jesucristo y el fin de los tiempos*, n° 62, julio 2014
- Ker, Ian, *Newman: analogía, imagen y realidad*, n° 64, abril 2015
- Cavaller, Fernando María, *"Cor ad cor loquitur": la nueva evangelización*, n° 64, abril 2015
- Laborde, Lucas, *La relación entre las verdades de la fe y la vida espiritual en los sermones parroquiales de John H. Newman*, n° 65, septiembre 2015
- Llorente, Ignacio, *¿Por qué Dios no se revela de modo más poderoso y evidente?*, n° 65, septiembre 2015
- Cavaller, Fernando María, *Newman: algo más que sus discursos sobre la universidad*, n° 65, septiembre 2015
- Cavaller, Fernando María, *El Beato Newman y San Felipe Neri (conmemoración de los 500 años del nacimiento de San Felipe)*, n° 66, diciembre 2015
- Cavaller, Fernando María, *¿No son actuales los principios de Newman?*, n° 68, octubre 2016
- Cavaller, Fernando María, *John Henry Newman, un anti-Lutero para el siglo XXI*, comentario a un artículo de Jean Guittou, n° 69, marzo 2017
- Cavaller Fernando María, *Newman y el monacato*, n° 69, marzo 2017

Pinto, Federico, *El "santo gentleman" en Newman*, n° 72, junio 2018
 Cavaller, Fernando María, *Newman y la historia*, n° 72, junio 2018
 Cavaller, Fernando María, *Newman y las bellas artes*, n° 73/74, noviembre 2018
 Podestá, Gustavo, *Presentación del libro "Los principios del cristianismo"*, n° 75, julio 2019
 Cavaller, Fernando María, *Los principios teológicos en las obras de J.H.Newman*, n° 75, julio 2019
 Cavaller, Fernando María, *Los santos y la santidad según Newman*, n° 76, noviembre 2019
 Cavaller, Fernando María, *Newman y las epidemias*, n° 77, julio 2020
 Zorraquín, Luisa, *El Adviento como anticipo del Juicio Final*, n° 78, noviembre 2020
 Geissler, Hermann, *Doctor de la conciencia*, n° 78, noviembre 2020
 Cavaller, Fernando María, *Newman acerca del islam y los turcos*, n° 78, noviembre 2020
 Cavaller, Fernando María, *Newman: religión y política*, n° 79, agosto 2021
 Cassagne, Inés de, *El sueño de Geroncio y la Divina Comedia*, n° 79, agosto 2021
 Vergara Nadal, Javier, *Con buenas disposiciones la fe es fácil y sin ellas no*, n° 80, noviembre 2021
 Sacchi Mario Enrique, *El drama anglicano en la geografía católica de John Henry Newman*, n° 81, septiembre 2022
 Cavaller, Fernando María, *Un retiro con Newman, 8 Meditaciones*, n° 82, diciembre 2022
 Ratzinger – Benedicto XVI. Varios escritos en *Benedicto XVI y Newman*, n° 83, agosto 2023 (n° especial)
 Cavaller, Fernando María, *La devoción de Newman a la Santísima Virgen María y sus escritos mariológicos*, n° 84, diciembre 2023

Por autor

Barry, Patrick, OSB, *Newman: hombre de fe*, n° 58, agosto 2012
 Bouyer, Louis, *Iniciación a Newman*, n°4, julio 1992
 Bouyer, Louis, *Newman y el desarrollo*, n°5/6, diciembre 1992
 Bouyer, Louis, *Fe y razón según Newman*, n°5/6, diciembre 1992
 Bouyer, Louis, *Newman y la cultura*, n°7, abril 1993
 Bouyer, Louis, *Newman y la tradición*, n°8, julio 1993
 Bouyer, Louis, *Newman como teólogo*, n°8, julio 1993
 Bouyer, Louis, *Newman y el ecumenismo*, n°9/10, noviembre 1993
 Bouyer, Louis, *Newman como maestro de espiritualidad*, n°11, mayo 1994
 Bouyer, Louis, *Newman y la vida llamada 'religiosa'*, n°11, mayo 1994
 Cassagne, Inés de, *Newman: la vida y el escritor*, n° 1, septiembre 1991
 Cassagne, Inés de, *La despedida de los amigos*, n°5/6, diciembre 1992
 Cassagne, Inés de, *Los Colegios de Oxford desde el medioevo hasta el tiempo de Newman y su Colegio de Littlemore*, n°12, septiembre 1994
 Cassagne, Inés de, *Newman novelista, y en especial: Callista*, n°19, diciembre 1996
 Cassagne, Inés de, *La devoción de Newman a Jesucristo en la eucaristía*, n°22, noviembre 1997

Cassagne, Inés de, *La muerte del gran amigo Ambrose St.John*, n°23, abril 1998
 Cassagne, Inés de, *Newman, crítico literario (en cartas a Emily Bowles)*, n°25, noviembre 1998
 Cassagne, Inés de, *'Don't be original', o la humilde servicialidad del autor eclesiástico*, n°26, abril 1999
 Cassagne, Inés de, *La concepción poética de John Henry Newman*, n° 28, diciembre 1999
 Cassagne, Inés de, *Newman y la literatura en la Universidad*, n° 31, noviembre 2000
 Cassagne, Inés de, *Perder y ganar: novela de la inteligencia*, noviembre 2001
 Cassagne, Inés de, *La tarea especial encomendada a cada uno*, n° 53, diciembre 2009
 Cassagne, Inés de, *El sueño de Geroncio y la Divina Comedia*, n° 79, agosto 2021
 Cavaller, Fernando María, *La actualidad del pensamiento de Newman*, n°2, diciembre 1991
 Cavaller, Fernando María, *1841-1845. Los años decisivos en Littlemore*, n° 5/6, diciembre 1992
 Cavaller, Fernando María, *Newman en el Catecismo de la Iglesia Católica*, n°7, abril 1993
 Cavaller, Fernando María, *Newman responde a la New Age*, n°8, julio 1993
 Cavaller, Fernando María, *Newman en la última encíclica papal, Veritatis Splendor*, n°9/10, noviembre 1993
 Cavaller, Fernando María, *Cuatro principios newmanianos en relación a la educación*, n°9/10, noviembre 1993
 Cavaller, Fernando María, *Newman y la conversión*, n°16, diciembre 1995
 Cavaller, Fernando María, *¿Un santo para nuestra crisis?*, n°19, diciembre 1996
 Cavaller, Fernando María, *La persona de Jesucristo en los escritos de Newman*, n°22, noviembre 1997
 Cavaller, Fernando María, *Newman y el Verbo encarnado: plenitud de la Revelación y Mediador universal, ante el pluralismo religioso*, n°24, agosto 1998
 Cavaller, Fernando María, *Elías, el profeta de los últimos días, un sermón para la esperanza* n°25, agosto 1998
 Cavaller, Fernando María, *Newman y la música*, n°27, septiembre 1999
 Cavaller, Fernando María, *Newman en la Universidad*, n°30, septiembre 2000
 Cavaller, Fernando María, *Newman sacerdote*, n°32, abril 2001.
 Cavaller, Fernando María, *La fe en le pensamiento de John Henry Newman*, n°33, agosto 2001
 Cavaller, Fernando María, *Newman y el Papa, según algunas cartas y notas diarias*, n° 39, noviembre 2004
 Cavaller, Fernando María, *La familia y la patria de Newman*, n°40 diciembre 2003
 Cavaller, Fernando María, *La Iglesia anglicana: el hogar espiritual de Newman*, n°41, julio 2004
 Cavaller, Fernando María, *Los estudios y la vocación sacerdotal y docente del joven Newman*, n° 42/43, diciembre 2004
 Cavaller, Fernando María, *Littlemore: el hogar del paso a Roma*, n° 44, julio 2005

- Cavaller, Fernando María, *La Iglesia Católica: el hogar para siempre*, n° 45, diciembre 2005
- Cavaller, Fernando María, *La Iglesia Católica. el hogar para siempre* (continuación), n° 46, septiembre 2006
- Cavaller, Fernando María, *La Iglesia Católica. el hogar para siempre* (continuación), n° 47, diciembre 2006
- Cavaller, Fernando María, *La visión cristiana del cosmos*, n° 48/49, diciembre 2007
- Cavaller, Fernando María, *Influencia del Padre Charles Russell en la conversión de Newman y la correspondencia de ambos en torno a la Eucaristía y otras cuestiones*, n° 48/49, diciembre 2007
- Cavaller, Fernando María, *La espiritualidad filipina de Newman*, n° 48/49, diciembre 2007
- Cavaller, Fernando María, *La aflicción en Newman*, n° 50, agosto 2008
- Cavaller, Fernando María, *Newman y el amor a la verdad: del anglicanismo al catolicismo con los Padres de la Iglesia. Itinerario de fe*, n° 51, diciembre 2008
- Cavaller, Fernando María, *La espiritualidad personal y litúrgica de Newman*, n° 52, agosto 2009
- Cavaller, Fernando María, *La santidad en el pensamiento y en la vida de Newman*, n° 53, diciembre 2009
- Cavaller, Fernando María, *Newman y los Padres de la Iglesia*, n° 53, diciembre 2009.
- Cavaller, Fernando María, *Discursos papales sobre Newman*, n° 54, agosto 2010.
- Cavaller, Fernando María, *Newman en el Magisterio de la Iglesia*, n° 54, agosto 2010
- Cavaller, Fernando María, *El viaje de SS Benedicto XVI al Reino Unido y la beatificación de John Henry Newman*, n° 55, diciembre 2010
- Cavaller, Fernando María, *Newman y su experiencia de Dios*, n° 56, septiembre 2011
- Cavaller, Fernando María, *Newman y el laicado*, n° 56, septiembre 2011
- Cavaller, Fernando María, *La influencia personal*, n° 57, diciembre 2011
- Cavaller, Fernando María, *Newman, doctor en la verdad de Cristo y de la Iglesia*, n° 58, diciembre 2011
- Cavaller, Fernando María, *Newman y “La idea de una universidad”*, n° 58, diciembre 2011
- Cavaller, Fernando María, *La caridad pastoral del padre Newman*, n° 59, diciembre 2012
- Cavaller, Fernando María, *Le Eucaristía, sacramento de la fe, en el pensamiento y la vida de Newman*, n° 60, julio 2013
- Cavaller, Fernando María, *El Espíritu Santo y el misterio de la Iglesia en la conversión de Newman*, n° 60, julio 2013
- Cavaller, Fernando María, *El lema cardenalicio de Newman*, n° 61, noviembre 2013
- Cavaller, Fernando María, *El pensamiento de Newman sobre Jesucristo y el fin de los tiempos*, n° 62, julio 2014
- Cavaller, Fernando María, *“Cor ad cor loquitur”: la nueva evangelización*, n° 64, abril 2015
- Cavaller, Fernando María, *Newman: algo más que sus discursos sobre la universidad*, n° 65, septiembre 2015 y n° 67, mayo 2016
- Cavaller, Fernando María, *El Beato Newman y San Felipe Neri* (conmemoración de los 500 años del nacimiento de San Felipe), n° 66, diciembre 2015
- Cavaller, Fernando María, *¿No son actuales los principios de Newman?*, n° 68, octubre 2016
- Cavaller, Fernando María, *John Henry Newman, un anti-Lutero para el siglo XXI*, comentario a un artículo de Jean Guilton, n° 69, marzo 2017
- Cavaller Fernando María, *Newman y el monacato*, n° 69, marzo 2017
- Cavaller Fernando María, *Introducción al sermón sobre la Providencia divina*, n° 69, marzo 2017
- Cavaller, Fernando María, *Newman y la historia*, n° 72, junio 2018
- Cavaller, Fernando María, *Newman y las bellas artes*, n° 73/74, noviembre 2018
- Cavaller, Fernando María, *Los principios teológicos en las obras de J.H.Newman*, n° 75, julio 2019
- Cavaller, Fernando María, *Los santos y la santidad según Newman*, n° 76, noviembre 2019
- Cavaller, Fernando María, *Newman y las epidemias*, n° 77, julio 2020
- Cavaller, Fernando María, *Newman acerca del islam y los turcos*, n° 78, noviembre 2020
- Cavaller, Fernando María, *Newman: religión y política*, n° 79, agosto 2021
- Cavaller, Fernando María, *Un retiro con Newman, 8 Meditaciones*, n° 82, diciembre 2022
- Cavaller, Fernando María, *La devoción de Newman a la Santísima Virgen María y sus escritos mariológicos*, n° 84, diciembre 2023
- Crosby, John F., *La ‘coincidentia oppositorum’ en el pensamiento y espiritualidad de John Henry Newman* (traducido de ‘Lover of Truth’, Roma, 1990), n°3, abril 1992; n°4, julio 1992; n°5, diciembre 1992
- Ferro, Jorge, *Los santos en la poesía de Newman*, n° 53, diciembre 2009
- García Ruíz, Víctor, *Perder y Ganar*, n°13, diciembre 1994
- Gasparino, Pacífico J., *Dos lumbreras en el siglo XIX: John Henry Newman y Bto. Domingo Barberi*, n°8, julio 1993
- Geissler, Hermann, *Doctor de la conciencia*, n° 78, noviembre 2020
- Hodge, Robert, *Cardenal Newman: contemplativo*, n°23, April 1998; n° 24, agosto 1998
- Ker, Ian, *Newman: descubrimiento del catolicismo después de su conversión*, n° 26, abril 1999
- Ker, Ian, *Syllabus de errores sobre Newman*, n° 56, septiembre 2011
- Ker, Ian, *Newman y la hermenéutica de la continuidad*, n° 56, septiembre 2011
- Ker, Ian, *Newman: analogía, imagen y realidad*, n° 64, abril 2015
- Knox, Ronald, *Sermón predicado en el centenario de la conversión de Newman*, n° 54, agosto 2010
- Laborde, Lucas, *La relación entre las verdades de la fe y la vida espiritual en los sermones parroquiales de John H. Newman*, n° 65, septiembre 2015
- Llorente, Ignacio, *¿Por qué Dios no se revela de modo más poderoso y evidente?*, n° 65, septiembre 2015
- Mauti, Ricardo M., *Newman en la vida y el pensamiento de Pablo VI*, n° 34, noviembre 2001
- Mauti, Ricardo M., *Newman: el predicador de St. Mary*, n° 38, mayo 2003

Mauti, Ricardo M., *San Felipe Neri visto por Newman*, n° 41, julio 2004

Mauti, Ricardo M., *La recepción de Newman en la teología del siglo XX*, n° 44, julio 2005

Mauti, Ricardo M., *Santidad y oración en John Henry Newman*, n° 53, diciembre 2009

Morales, José, *La personalidad de John Newman en su teología*, n°13, diciembre 1994

Morales, José, *La conciencia cristiana en la concepción ética y religiosa newmaniana*, n°13, diciembre 1994

Morales, José, *Newman y los Padres de la Iglesia*, n°13, diciembre 1994

Morales, José, *Newman y la Idea de una Universidad*, n°13, diciembre 1994

Morales, José, *Introducción a los Discursos sobre el fin y la naturaleza de la educación universitaria*, n°17, mayo 1996

Morales, José, *Las convicciones de John Henry Newman*, n°20, mayo 1997

Murray, Placid, *Newman y el cuidado de las almas* (traducido de 'Newman the Oratorian', Leominster, UK, 1980), n°15, julio 1995

Murray, Placid, *El legado de Newman en la predicación litúrgica anglicana* (traducido de 'Newman the Oratorian, UK, 1980), n°21, agosto 1997

Murray, Placid, *El ministerio eucarístico*, (traducido de 'Newman the Oratorian, UK, 1980), n°29, abril 2000

Murray, Placid, *Oración y ministerio*, (traducido de 'Newman the Oratorian, UK, 1980), n°36/37, diciembre 2002

Pinto, Federico, *El "santo gentleman" en Newman*, n° 72, junio 2018

Podestá, Gustavo, *Presentación del libro "Los principios del cristianismo"*, n° 75, julio 2019

Prémoli, Federico, *El 'Ensayo sobre el desarrollo de la doctrina cristiana'*, n°5/6, diciembre 1992

Prémoli, Federico, *Presencia de la teología en una Universidad*, n°9/10, noviembre 1993

Prémoli, Federico, *Newman y el poder de asimilación de la doctrina cristiana*, n° 61, noviembre 2013

Randle, Guillermo, *Dar con el camino de la vida. Teología de la lucha de espíritus en John Henry Newman*, n°22, noviembre 1997

Ratzinger, Joseph, *Newman pertenece a los grandes maestros de la Iglesia*, n°2, diciembre 1991; n° 44, julio 2005

Ratzinger – Benedicto XVI, *Benedicto XVI y Newman*, n° 83, agosto 2023

Rodriguez Quiroga, Silvia, *Newman y la teología*, n°25, noviembre 1998

Sacchi, Mario Enrique, *Newman y la crisis modernista*, n°32, abril 2001

Sacchi Mario Enrique, *El drama anglicano en la geografía católica de John Henry Newman*, n° 81, septiembre 2022

Sugg, Joyce, *Algunas conversas de Newman*, n°16, diciembre 1995

Wansbrough, Henry OSB, *Newman y la Sagrada Escritura*, n° 60, julio 2013

Zorraquín, Luisa, *El Adviento como anticipo del Juicio Final*, n° 78, noviembre 2020

3. TEMAS VARIOS

Cronología de la vida de Newman, n°1, septiembre 1991; n°12, septiembre 1994; n° 54, agosto 2010

Nuestra presencia en el exterior, n°1, septiembre 1991

Breve bibliografía sobre Newman en castellano, n°1, septiembre 1991

Decreto de la Congregación para las causas de los santos, n°2, diciembre 1991

El Colegio Cardenal Newman. Un poco de historia, n°2, diciembre 1991

Publicaciones recientes, n°2, diciembre 1991

Publicaciones recientes, n°8, julio 1993

Publicaciones recientes, n°11, mayo 1994

Publicaciones recientes de 1994 a 1999, n°28, diciembre 1999

Publicaciones recientes 1999-2000, n° 29, abril 2000

Congratulations a "The Work", n° 34, noviembre 2001

Publicaciones recientes 2000-2001, n° 36/37, diciembre 2002

Obras de Newman, n° 54, agosto 2010

Recordando a un amigo de Newman. José Morales Marín, n° 83, agosto 2023

4. RETIROS CON NEWMAN

Littlemore, el "monasterio de Newman", n° 61, noviembre 2013

Retiro espiritual con Newman (Luisa Zorraquín), n1 62, julio 2014

Cavaller, Fernando María, Un retiro con Newman, 8 Meditaciones, n° 82, diciembre 2022

5. ENCUENTROS NEWMANIANOS

Primeras Jornadas Newmanianas, n°1, septiembre 1991

II° Encuentro Newmaniano, n°2, diciembre 1991

III° Encuentro Newmaniano, n°5/6, diciembre 1992

IV° Encuentro Newmaniano, n° 9/10, noviembre 1993

V° Encuentro Newmaniano, n°12, septiembre 1994

VI° Encuentro Newmaniano, n°16, diciembre 1995

VII° Encuentro Newmaniano, n°18, septiembre 1996

VII° Encuentro Newmaniano, n°22, noviembre 1997

IX° Encuentro Newmaniano, n°25, noviembre 1998

X° Encuentro Newmaniano, n°27, septiembre 1999

XI° Encuentro Newmaniano, n°30, setiembre 2000; n° 31, noviembre 2000

XII° Encuentro Newmaniano, n°33, agosto 2001, n° 34, noviembre 2001

XII° Encuentro Newmaniano, n° 36/37 diciembre 2002
 XIII° Encuentro Newmaniano, n° 53, diciembre 2009
 XIV° Encuentro Newmaniano, Homenaje en la UCA, n° 57, diciembre 2011
 XV° Celebración y Encuentro de nuestro 25° aniversario, n° 66, diciembre 2015

XVI° Presentación del libro “Los principios del cristianismo. Una teología fundamental según Newman”, n° 73/74, noviembre 2018
 Misa anual de San John Henry Newman, Homilía “Dos paradojas evangélicas” (Mons. Fernando M. Cavaller), n° 80, noviembre 2021

6. EDITORIALES

Fundación de Amigos de Newman en la Argentina, n°1, septiembre 1991
 A los amigos de Newman, n°2, diciembre 1991
 Las fiestas pascuales, n°3, abril 1992
 El 11 de agosto, n°4, julio 1992
 Si Newman viviera hoy, n°5/6, diciembre 1992
 La beatificación de Newman, n°7, abril 1993
 Algo más sobre Newman y el catecismo universal, n°8, julio 1993
 La música de Lead Kindly Light, n°11, mayo 1994
 1995: año newmaniano, n°12, septiembre 1994
 El V° Encuentro Newmaniano, n°13, diciembre 1994
 El año 1995, n°14, abril 1995
 Oxford International Newman Conference 1995, n°15, julio 1995
 Argentina presente en Oxford, n°16, diciembre 1995
 A modo de presentación, n°17, mayo 1996
 Noticias varias, n°18, septiembre 1996
 Año 1997, siguiendo al Papa, n°20, mayo 1997
 Escritos de Newman recientemente traducidos al castellano, n°21, agosto 1997
 Mirar a Cristo, n°22, noviembre 1997
 Despedida a un amigo de Newman, n°23, abril 1998
 Oxford International Newman Conference 1998, n°23, abril 1998
 Novena para alcanzar la beatificación del cardenal John Henry Newman, n°24, agosto 1998
 El Papa vuelve a citar a Newman, n° 25, noviembre 1998
 Santa Teresa Benedicta de la Cruz (Edith Stein) y el Venerable John Henry Newman, n° 26, abril 1999
 Un encuentro “camino a Roma”, n°27, septiembre 1999
 Los diez años de Newmaniana y el Jubileo del año 2000, n°28, diciembre 1999
 Año Santo 2000, n° 29, abril 2000
 Newman y el indiferentismo religioso, n° 30, setiembre 2000
 2001 Año newmaniano, n° 31, noviembre 2000
 Carta de S.S. Juan Pablo II con motivo del Bicentenario, n° 32, abril 2001
 International Newman Conference 2001 en Oxford y actividades en Argentina, n°33, agosto 2001
 La crisis argentina y algunos textos newmanianos, n° 35, mayo 2002
 Oremos por la pronta beatificación de Newman, n° 36/37, diciembre 2002
 Confiando en la Providencia divina, n° 38, mayo 2003
 Bodas de Plata Pontificales de Juan Pablo II (1978-2003), n° 39, noviembre 2003
 Juan Pablo II y Newman, n°40, diciembre 2003
 2004: Año Mariano, 150° Aniversario de la declaración del dogma de la Inmaculada Concepción, n° 41, julio 2004

El gran aniversario mariano, n° 42/43, diciembre 2004
 ¡Habemus Papam! Benedicto XVI, n° 44, julio 2005
 Dos noticias importantes, n° 45, diciembre 2005.
 Las Meditaciones y Devociones completas han sido publicadas recientemente en Argentina, n°46, septiembre 2006
 Newman y las certezas que sirven para vivir, n° 47, diciembre 2006
 Newman en el libro del Papa Benedicto XVI, n° 48/49, diciembre 2007
 Más cerca de la beatificación, n° 50, agosto 2008.
 En vísperas del gran anuncio, n° 51, diciembre 2008
 Newman será beatificado, n° 52, agosto 2009
 El asombroso hecho que acompaña la beatificación de Newman, n° 53, diciembre 2009
 Newman será beatificado por el Santo Padre Benedicto XVI el próximo 19 de septiembre, n° 54, agosto 2010
 Asociación de Amigos de Newman en la Argentina: veinte años de la fundación, n° 54, agosto 2010
 El viaje de SS Benedicto XVI al Reino Unido y la beatificación de John Henry Newman, n° 55, diciembre 2010
 Se difunde el interés por el Beato John Henry Newman, n° 56, septiembre 2011
 El papa Benedicto XVI siguió hablando de Newman después de la beatificación, n° 57, diciembre 2011
 Con Newman en el Año de la Fe, n° 58, agosto 2012.
 En el Año de la Fe miremos hacia los testigos de la Fe, n° 59, diciembre 2012
 Newman está citado en la encíclica “Lumen Fidei”, n° 60, julio 2013
 Haciendo memoria reciente al término del Año de la Fe, n° 61, noviembre 2013
 Un número particular, n° 62, julio 2014
 Se cumple un siglo y medio de la “Apología pro vita sua”, n° 63, noviembre 2014
 25° aniversario de la Asociación Amigos de Newman en Argentina y de nuestra revista “Newmaniana”, n° 64, abril 2015
 Dos textos de Newman, n° 65, septiembre 2015
 Se cumplen 200 años de la primera conversión de Newman en su juventud, n° 67, junio 2016
 Queremos fundar un Newman Center, n° 68, octubre 2016; n° 69, marzo 2017
 Celebramos un Centenario mariano con Newman, n° 70, agosto 2017, y n° 71, diciembre 2017
 Continuidad o ruptura, n° 72, junio 2018
 Las vicisitudes de la Iglesia a través de su historia. N° 73/74, noviembre 2018
 Newman será canonizado en Roma el 13 de octubre, n° 75, julio 2019
 El Cardenal Newman há sido canonizado. ¡Demos gracias a Dios!, n°

76, noviembre 2019
 ¡Cumplimos 30 años!, n° 77, julio 2020
 Los dos Advientos, n° 78, noviembre 2020
 El testimonio de la Iglesia en el mundo, n° 80, noviembre 2021
 Las fiestas y memorias de los santos, n° 81, septiembre 2022

El padre Ian Ker fue un sacerdote erudito inglés que comunico el pensamiento de Newman al mundo, n° 82, diciembre 2022
Benedicto XVI y Newman, n° 83, agosto 2023
Newman intercede por la Iglesia, n° 84, diciembre 2023

7. LIBROS Y RECENSIONES

Aproximación a Newman, Fernando M. Cavaller, Educa, n° 25, noviembre 1998
 Recesión: *Conocere Newman, Introduzione alle opere*, Urbaniana University Press, Vaticano, n° 36/37, diciembre 2002
 Recensión: *The 'Making of Men'*, Paul Shrimpton, Gracewing, England, n° 65, septiembre 2015

Traducciones: *Meditaciones y Devociones, Sermones (tomo I y II)*, La Iglesia de los Padres, *Sermones Católicos*, Ed. Ágape, n° 66, diciembre 2015
 Presentación del libro "*Los principios del cristianismo. Una teología fundamental según Newman*", Fernando M. Cavaller, Ed. Ágape, n° 73/74, noviembre 2018

8. SUPLEMENTOS FOTOGRÁFICOS ESPECIALES

Newman en fotos y pinturas, n° 53, diciembre 2009
Casas e iglesias en la vida de Newman, n° 54, agosto 2010
Poster de Newman Cardenal, n° 54, agosto 2010
Viaje de SS. Benedicto XVI al Reino Unido y beatificación de Newman, n° 55, diciembre 2010
Poster de Newman Cardenal, n° 55, diciembre 2010
Acto académico y Fundación de la Asociación Amigos de Newman en

Argentina, n°64, sept.2015
Celebración de la Misa y Encuentro coloquial de nuestro 25º aniversario, n° 66, diciembre 2015
Peregrinación a la canonización. Londres, Oxford, Birmingham, Roma, n° 76, noviembre 2019
30 años de la Asociación Amigos de Newman, n° 77, julio 2020

9. BEATIFICACIÓN

Más cerca de la beatificación, n° 50, agosto 2008
En vísperas del gran anuncio, n° 51, diciembre 2008
El asombroso hecho que acompaña la beatificación de Newman, n° 53, diciembre 2009
Newman será beatificado por el Santo Padre Benedicto XVI el próximo 19 de septiembre, n° 54, agosto 2010
Cronología del proceso que tuvo la causa de beatificación, n° 54, agosto 2010
El milagro que llevó a Newman a la beatificación, n° 54, agosto 2010

Itinerario del Papa en su visita al Reino Unido, n° 54, agosto 2010
Alocuciones y Homilias completas de S.S. Benedicto XVI en su viaje al Reino Unido, n° 55, diciembre 2010
Misa de acción de gracias en la Argentina; liturgia y homilía del Sr. Nuncio Apostólico, Mons. Adriano Bernardini, n° 55, diciembre 2010
El viaje de SS Benedicto XVI al Reino Unido y la beatificación de John Henry Newman, n° 55, diciembre 2010

10. CANONIZACIÓN

Número especial, Newmaniana n° 76, noviembre 2019
El cardenal John Henry Newman ha sido canonizado. ¡Demos gracias a Dios! Editorial
El milagro para la canonización: la historia de Melissa
Celebraciones y eventos en Roma con motivo de la canonización:
Exposición "John Henry Newman, un Santo en Roma". Venerable English College
Simposio Académico "Newman profeta: un Santo para nuestro tiempo". Angelicum
Vigilia de Oración. Basílica Santa María la Mayor
Concierto de Música Sacra. Basílica de Santa María la Mayor
Misa de Canonización. Plaza de San Pedro
Oratorio musical. Santa María in Vallicella (Chiesa Nuova)
Misa de acción de Gracias. Basílica San Juan de Letrán

Homilía del Santo Padre Benedicto XVI en la misa de beatificación (2010)
Homilía del Santo Padre Francisco en la misa de canonización
Algunos pasajes del discurso de S.A.R. el Príncipe de Gales. Pontificia Universidad Urbaniana.
Testimonios:
Pbro. Juan Ignacio Ibañez /
Dra. Inés de Cassagne /
Dr. Jorge Ferro
Luisa Zorraquín
Los santos y la santidad según Newman, artículo de Mons. Fernando María Cavaller.
Discurso de Newman al recibir el capelo cardenalicio
Anexo fotográfico

“Satanás, haga lo que haga, no puede apagar u oscurecer la luz de la Iglesia. Puede incrustar en ella sus propias creaciones malignas, pero incluso los cuerpos opacos transmiten rayos, y la Verdad brilla con su propio resplandor celestial, aun escondida. El Espíritu Santo se ha dignado hacer su morada en la Iglesia, y la Iglesia siempre llevará en su frente las señales visibles de su privilegio escondido. Vista a cierta distancia, toda su superficie estará iluminada, aunque la luz fluya realmente desde aberturas que se podrían contar. Los testigos dispersos se convierten así en ‘una nube’ (Heb 12, 1), como la Vía Láctea en los cielos... Tenemos, en la Escritura, el registro de aquellos que vivieron y murieron en la fe en los tiempos antiguos, y nada puede privarnos de ellos. La fuerza de Satanás reside en que se vea que tiene la mayoría de su lado, pero cuando leemos la Biblia, este argumento pierde asidero en nosotros. Entonces descubrimos que no estamos solos; que otros, antes, han estado en nuestra misma condición, han tenido nuestros sentimientos, han sobrellevado nuestras pruebas, y han trabajado por el premio que estamos buscando. Nada eleva más la mente que la conciencia de ser miembro de una compañía grande y victoriosa”.

Parochial and Plain Sermons, III,17, 1834

